



FE, OBEDIENCIA, Y TEMOR DE DIOS

Jorge Pradas

PROLOGO

Al llegar a los 25 años de los comienzos de la obra en Quilmes, el presente trabajo nos llena de emoción y alegría. Los pensamientos se agolpan en nuestra mente recordando muchos de los pasos en el camino recorrido y que tienen que ver con nuestras vidas.

Corría el año 1967 y un grupo de íntimos amigos vivíamos en la ciudad de Santa Fe. Ellos eran: Carlos Juailer, Marcelo Engler, Jorge Ayala y el que suscribe.

Estábamos trabajando juntos en un anexo del barrio “Nueva Pompeya” desde hacía varios años. Luchábamos y orábamos juntos por un avivamiento. Nuestras vidas estaban ansiosas del río de dios y nos llegaban noticias desde Buenos Aires de cosas maravillosas que el Señor estaba haciendo.

Cada noticia era esperada con mucha emoción. Yo trabajaba en el Banco de Londres y era el lugar en donde cada día varios hermanos pasaban para comunicarnos los últimos acontecimientos. Allí también hacía sus trámites el hermano Orville Swindoll, que para ese entonces vivía en Santa Fe. Cada vez que venía compartía algo de lo que el Señor estaba haciendo y nos llenaba de asombro y esperanzas.

Lo que habíamos leído en la Biblia y en muchos libros sobre avivamientos, parecía que estábamos a las puertas de vivirlo por fin.

Escuchábamos todo esto con un poco de envidia, si era “santa” o no, no lo sé, pero sé que deseábamos estar envueltos en lo que en Buenos Aires se vivía, especialmente en casa del hermano Darling, que luego fue extendiéndose a muchos lugares.

Por fin empezamos a tener noticias de la obra comenzada en Quilmes: pero Quilmes nos daba miedo. Eran muy exagerados. En fin, no eran “santos de nuestra devoción”.

El tiempo transcurrió y el grupo en Santa Fe pasaba momentos muy difíciles. Alguien de nosotros propuso: ¿Por qué no invitamos a don Jorge Pradas que venga a visitarnos? Nos asustaba, pero tomamos coraje y lo hicimos.

A esa invitación le siguió otra, y otra y otra. Dos años seguidos vino a ministrarnos en Santa Fe cada lunes, martes y miércoles. Dejó una marca indeleble en la obra.

El río había llegado y estaba entre nosotros. Sentíamos que era nuestra oportunidad y no la desperdiciamos. La obra fue creciendo lentamente pero con bases muy sólidas.

Pasó el tiempo. Con mi esposa teníamos un poco de tristeza porque siendo casados no teníamos la oportunidad de ingresar a un seminario. Sin embargo, también para esto el Señor nos tenía preparada una sorpresa mayúscula: a los pocos años estábamos integrando un singular seminario que fue la comunidad de Campo Creso, Santa Fe, en donde aprendimos a vivir cada día las enseñanzas de Jesús y un discipulado a la manera de El (Marcos 3:14).

Desde allí sucedieron muchas de las cosas relatadas en este volumen y muchas otras que como es de imaginar, no han podido ser volcadas por la extensión que demandaría.

Han pasado 25 años desde que se produjo el comienzo de todo lo relatado. Casi una vida. La fe no se ha apagado. El entusiasmo y la expectativa han dado lugar a una convicción muy profunda y un gozo muy grande por la preciosura de la gracia de Dios sobre nuestras vidas. La sed de Dios, lejos de apagarse, se ha hecho más intensa, como un poderoso incentivo para servirle y amarle en una renovación continua. Los lazos de amistad con los pastores mencionados y muchísimos otros que no hemos citado, se han hecho más firme, convencidos que Dios no nos ha puesto juntos ocasionalmente, sino que nos ha unido para toda la vida.

Recomendamos la lectura del presente libro. Está escrito con sencillez y singular apertura.

Es nuestro sincero deseo que “a El sea gloria en la iglesia y en Cristo Jesús por todas las edades, por los siglos de los siglos. Amén (Ef. 3:21).

Quilmes, 21 de Abril de 1992.

Daniel O. García

INTRODUCCION

La obra en la cual el Señor pone a los que le siguen, es la obra que le pertenece desde sus orígenes hasta la culminación de la misma. En un sentido es la obra de cada uno de los que la ejecutan, pero nadie es dueño de ella, sino que se es, con respecto a la obra y a su verdadero propietario, un sencillo y simple amanuense. Quien se considera dueño de la obra que ejecuta está en un error. Y si se empeña en asegurar que la obra es suya, es que no está trabajando en la obra de Dios.

Si de El, por El y para El son todas las cosas (Rom. 11:36), es insensato tratar de considerarse dueño de lo que la Biblia llama la obra de Dios, que es la edificación encima del fundamento inamovible que es Jesucristo (1Cor. 3:10). En lenguaje bíblico y en el versículo anteriormente citado se nos describe a los que seguimos a Cristo como “colaboradores de Dios”.

No solamente Dios es dueño de la obra en la que trabajamos los seguidores de Cristo, sino que El la dirige con sus mandatos, no con sugerencias, ya que “no hay autoridad sino de parte de Dios” (Rom. 13:1). También conoce su obra: “Nadie conoce las cosas de Dios, sino el Espíritu de Dios” (1Cor. 2:11). Y trabaja en su obra: “Hasta ahora mi Padre trabaja y yo también trabajo” (Jn. 5:17).

Así que es dueño, dirige la obra, la conoce y trabaja en ella. Para que no nos quede duda de que los obreros del Señor, somos eso: obreros y no amos.

Se requiere del obrero que sea hallado fiel (1Co. 4:2), y apto para toda buena obra (1Tim. 3:17). Estas dos cualidades se manifiestan en el sumo cuidado y destreza. Cuidado de trabajar bien sabiendo que trabajamos en la obra de Dios. Y destreza que proviene de la gracia que Dios da, pues “todo don perfecto viene de arriba; desciende de parte del Padre de las luces, en el cual no hay fases ni períodos de sombra” (Stg. 1:17).

La puesta en marcha de estos dones de Dios, indispensables para que sea posible presentarse como obrero aprobado delante de El, evitará hacer algo sin que Dios no lo haya ordenado de antemano, y sin que El esté dirigiendo y ejecutando nuestro propio trabajo.

Cuando se está convencido de todo lo que antecede, debemos estar preparados para recibir las órdenes del Señor que pondrán en marcha lo que El quiere realizar en la tierra a través de sus hijos-obreros.

Es entonces cuando la fe, la obediencia y el temor de Dios toman parte activa en la hermosura de la edificación de la Iglesia, tanto en la parte del conocimiento de Dios en la comunidad y en el individuo, como en las cosas que acompañan al entendimiento del reino de Dios y que se manifiestan en obra sociales, misiones evangélicas y sobre todo en el crecimiento día a día del culto que ofrecemos al Señor para que éste sea, el culto, más glorioso y santo.

FE

“Así que la fe viene del oír, y el oír, por medio de la palabra de Dios” (Rom. 10:17).

Es importante creer en la obra que se está realizando, pero es indispensable haber oído la palabra de Dios para ejercer esa fe que nos ha de acompañar en toda la ejecución de la obra. Es la fe de Jesús, quien hacía lo que le agradaba al Padre (Jn. 8:29), que trabajaba porque el Padre trabajaba, como ya hemos dicho con anterioridad. Que además es el “autor y consumidor de la

fe” (Heb. 12:2), y como tal debemos poner los ojos en El. Es la fe sencilla e incommovible del que sabe distinguir la voz de Dios, por su continuo contacto con El.

Creer firmemente en lo que Dios ha dicho, por medio de la Escritura, por medio de la profecía emitida por un tercero, por medio de un sueño, por medio de una visión, por una determinada circunstancia. Toda palabra recibida por alguno de esos medios es posible que se mal interpretada en cuanto a su procedencia. Por esto es indispensable, como ya se ha afirmado, el conocimiento de la persona de Dios. Pero si la fe es genuina, la que no tiene nada que ver con los sentimientos personales, estaremos en el buen camino, en la condición de poner por obra aquella indicación que hemos recibido por medio de la palabra encontrada, o de la circunstancia vivida.

Sin embargo, siempre habrá que tener en cuenta una palabra, audible o no, que acompañe la circunstancia, el sueño o la visión, puesto que hay que tener presente siempre que la fe viene por el oír la palabra. El valor de la palabra hablada o escrita de parte de Dios es lo que hará movilizar la fe. Una fe que al principio se quedará quieta, pues tiene que dar paso a una actitud de absoluta disposición, y que ejecutará el propósito de la orden del Señor, cuando esté envuelta por el temor de Dios.

OBEDIENCIA

Hasta que no se empieza a trabajar en la obra que el Señor ha indicado por su palabra, no se puede saber si se está en obediencia. Sin embargo, es necesario mantener un tiempo de pasiva actividad espiritual. Es decir, tener una actitud obediente en el espíritu, unas ansias incontenibles de poner por obra la orden de Dios: entrar en el seminario, salir a la obra misionera, o algún otro mandato recibido.

El apresuramiento puede originarnos algún disgusto.

La excesiva búsqueda de pruebas confirmatorias, nos pueden hacer pasar las oportunidades sin que podamos hacer algo.

Para el equilibrio de estas dos posiciones, Dios no nos ha dejado solos. El no se va a ofender si todo lo que hemos recibido por medio de su palabra, que significa la ejecución de su obra por parte de nosotros, lo ponemos a consideración de la Iglesia, cuyo presbiterio se ocupará de que la pongamos en marcha en el debido momento.

No es doctrina bíblica hacer la obra de Dios unilateralmente. Por más que se tenga comunión con el Señor y se conozca íntimamente, el respeto y amor que Dios tiene para la Iglesia y para quienes la gobiernan es evidente. Si fuera de otro modo, no leeríamos: “Obedeced a vuestros pastores y someteos a ellos” (Heb. 13:17).

Hacer la obra de Dios sin la aprobación de la Iglesia, no es poner en marcha la fe, sino que es un signo evidente de rebeldía.

A la, a veces, tan repetida expresión de “Dios me ha dicho”, debemos añadir la pregunta: “¿Qué opina la Iglesia?”.

Que ridiculice y menosprecie la función de la Iglesia la gente del mundo tiene sentido, pues es su ocupación en un reino donde no hay luz. Pero es completamente incongruente que esto sea hecho por algunos creyentes que, por otro lado, quieren hacer la obra de Dios.

Obediencia completa, sin apresuramientos.

Obediencia completa, con disposición de actuar en el momento que Dios haya enviado la misma revelación a la Iglesia, o aún sin haberla enviado haya dado la orden a quienes ha puesto para que la gobiernen, a fin de librar el camino a quienes están inquietos por la palabra recibida, y cuya fe y obediencia son evidentes.

Obediencia completa, sin más dilación de la que ya se ha expuesto. No buscando excusas para obstaculizar el camino hacia el comienzo de la carrera. Antes al contrario, poner la manos en el suelo y doblar las rodillas para escuchar el disparo que nos va a llevar a ganar la prueba.

TEMOR DE DIOS

El temor de Dios es necesario ejercerlo en esa obediencia que hemos descrito y que hace dilatar, nunca más de lo necesario, el tiempo de la ejecución de la obra de Dios. Pero lo hemos puesto en el tercer lugar porque, aunque debe imperar el temor de Dios desde el momento en que se recibe la palabra, para evitar el apresuramiento en la propia ejecución de la obra, debe acompañar a ésta en todo momento.

Si no fuera la obra de Dios podríamos confiar únicamente en nuestra destreza, aún cuando ésta proviene de una dádiva de Dios y de un don perfecto. Pero mientras el viejo hombre, en nuestra vida, no da muestras de un aniquilamiento total, puede mezclarse en la destreza recibida como don de Dios, nuestra propia habilidad natural. Y aquí es donde el temor de Dios debe seguir funcionando.

El temor de Dios es el sublimado respeto a su persona; que no tiene nada que ver con el hombre que escondió el talento, sino con aquellos que lo negociaron; apreciando a su Señor en su libertad de trabajar.

El Señor ha quitado nuestras cargas, nos ha vestido con ropas adecuadas para estar libre en su obra.

El temor de Dios no es para movernos sin libertad, sino para ejecutar su obra con limpieza, no atreviéndonos a incursionar, ni pensar en el pecado.

El temor de Dios hará que la obra no sea salpicada por ninguna especie de mal.

Estas tres virtudes que hemos considerado muy brevemente han sido la base de la obra que hacer 25 años el Señor comenzó en la ciudad de Quilmes: una ciudad de los alrededores de Buenos Aires, en la República Argentina, y que se ha extendido asombrosamente si consideramos con quiénes se ha llevado a cabo, hombres comunes, sin nombres conocidos, pero que ha juzgar por todo lo que ha acontecido, tuvieron en cuenta la fe, la obediencia y el temor de Dios.

Los capítulos que siguen relatan algunas de las cosas que forman parte de la obra de Dios, que El, usando vasos de barro, se ha hecho en el transcurso de 25 años.

Los relatos no son para ser imitados necesariamente, Dios no se repite muchas veces, aún cuando El no cambia. Lo que no es una imitación, sino un caso de originalidad, es el poner en marcha esas tres virtudes que hemos considerado para que la obra de Dios alcance su propósito final: la exaltación del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo.

Fe en la palabra recibida.

Obediencia para ejecutar la orden

Y temor de Dios desde el comienzo hasta el final.

CAPITULO I: LO QUE DIOS DIJO

A la docena de personas que nos encontramos sorprendidos en una experiencia tal como la de recibir el bautismo del Espíritu Santo, después de esto, nos vino una gran sensación de soledad, teniendo cada uno una Biblia y sin poder encontrar en ella, por el momento, qué era lo que debíamos hacer para que ese fuego de Dios que estaba encendido no se apagara como tantas veces había sucedido en semejantes circunstancias.

Necesitábamos una palabra orientadora de parte de Dios. En la Biblia, antes de esa experiencia habíamos encontrado que el Espíritu Santo había que pedirlo: “Pues si vosotros, siendo malos, sabéis dar buenas dádivas a vuestros hijos, ¿cuánto más vuestro Padre celestial dará el Espíritu Santo a los que lo pidan” (Luc. 11:13).

Pero ahora, es decir, en aquel momento, no atinábamos a encontrar la palabra que nos dijera qué debíamos hacer a continuación.

Podíamos ingresar a una nueva congregación, pero teníamos miedo, después del rechazo que acabábamos de experimentar la docena de personas, por parte de algunos creyentes.

Conocíamos grupos que se habían juntado después de haber pasado esta experiencia. Pero las noticias que teníamos de esos grupos no eran muy agradables. Excesos en pretendidos dones del Espíritu Santo hacían escandalizar a las personas que querían dar pasos para un mayor conocimiento de Dios y una mayor gloria suya, pero en serio. Que no fuera tras la espectacularidad de una señal o un milagro, sino que pudieran avanzar en un crecimiento, pero a la semejanza de Jesús, yendo de gloria en gloria (2 Cor. 3:18).

Alguien dio una palabra profética en medio de una incertidumbre: “Constituyámonos como Iglesia”. Eso sonaba muy bien; pero, ¿era realmente bíblico?

Teníamos miedo de dejarnos llevar por profecías que habían ocasionado muchos males.

Hasta ese momento no era nada habitual entre nosotros obedecer algo que no estuviera en la Biblia. El texto sagrado era únicamente nuestra guía. Para nosotros la profecía era la predicación detrás de un púlpito, no la palabra que podía dar uno del común del pueblo con pretensiones de ser palabra de Dios lo que dijera.

Estas situaciones nos hacían escudriñar las Escrituras con una asiduidad desconocida hasta entonces. De esta manera pudimos entender que si la Biblia es la palabra profética más segura (2 Ped. 1:19), es que hay otra palabra profética que también es segura, la cual tendrá que comprobarse en su interpretación espiritual, con la palabra profética más segura que es el texto inspirado por Dios y que tenemos en forma de Santa Biblia.

Había lugar para atender la profecía como palabra supeditada a la más segura. Ahora era cuestión de comprobar si lo que dijo el hermano en un momento determinado: que nos constituyéramos como Iglesia, podía ser comprobado por la Escritura. Encontramos que era posible. Pero esto no fue lo más asombroso, lo que nos alegró es que habíamos recibido del Señor la libertad para incorporar ese precioso don de Dios que es la profecía en nuestra manera diferente de vivir, y en los cultos que seguramente ofreceríamos al Señor más adelante, cuando ya estuviéramos constituidos como Iglesia.

No es propósito de este libro demostrar en un desarrollo hermenéutico la certeza del aval de la Palabra para formar una nueva congregación. Solo es un relato de acontecimientos que forman ya parte de una historia que el Espíritu Santo confirmó con la expansión que comenzó el día que hicimos caso de la palabra profética que después en Mateo 18:20, el Señor Jesús la aprobó, viniendo a morar con nosotros: “Porque donde están dos o tres congregados en mi nombre, allí estoy en medio de ellos”.

Era cuestión de comprobarlo. Nos reunimos en su nombre, y creímos, y vivimos su santa compañía.

¡Una iglesia más!, algunos gritaban. No era una Iglesia más; era una expansión de la única Iglesia que existe en el cielo y en la tierra. Otras palabras vinieron a afirmar nuestra fe: “No sois un grupo, sois la iglesia del Dios vivo y verdadero, columna y valuarte de la verdad”.

Más adelante nos dimos cuenta del por qué debíamos constituirnos como Iglesia. Los grupos de creyentes hoy están y mañana desaparecen; los grupos de creyentes no tienen un presbiterio, son una serie de hombres democráticos, o un solo hombre comandando una determinada congregación, y aparecen y desaparecen con presurosa facilidad. La Iglesia no. La Iglesia permanece por toda la eternidad.

Cuando más adelante esta Iglesia dio a luz a otras congregaciones, estas fueron Iglesias desde sus comienzos, y después de 25 años ninguna de ellas ha tenido que cerrar sus puertas. Por esto, porque la Iglesia permanece. No es pretensión de grandeza, es la seguridad de saber que aun cuando sean dos o tres, en ese lugar habita el Señor. Y su lugar, el lugar donde habita siempre será la Iglesia de Dios.

Éramos pocos. La Iglesia funcionaba en el taller mecánico que mi cuñado Oscar tenía en la calle Moreno 1228 de la ciudad de Quilmes. Entre máquinas y grasa subían las alabanzas al trono de Dios, pero éramos muy pocos.

En la misma ciudad, y no muy lejos de nosotros funcionaba otro grupo de creyentes. En la ciudad vecina de Berazategui funcionaba otro grupo. Poco tiempo después por el consejo de un hermano, el conocido pastor Orville Swindoll, por medio de quién recibí el Espíritu Santo en la ciudad de Santa Fe, estos dos grupos vinieron a formar parte de la Iglesia que se reunía en un taller mecánico de mi cuñado Oscar.

Más tarde, una Iglesia completa con su pastoral al frente vinieron a querer ser uno con nosotros. A partir de aquel momento se abrió un panorama maravilloso. Lo que había ocurrido no era la formación de una Iglesia más, sino que Dios nos estaba hablando de la unidad de la Iglesia, tema que constituye, en el momento de escribir este libro, el énfasis de una de las razones de ser la Iglesia que se constituyó hace 25 años.

A medida que pasaban los días nos dimos cuenta que eran más lo que estaban con nosotros que los que estaban con ellos. Decimos esto en el sentido de haber terminado con la sensación de soledad.

Queremos dar, desde estas páginas, una palabra de gratitud a todos los pastores que nos confirmaron como perteneciendo genuinamente al cuerpo de Cristo, cuyos nombres recordamos con respeto. Ellos saben quienes son. Por temor a omitir algunos no los mencionamos, pero sepan que todos aquellos que llegaron en nuestros momentos de soledad edificaron nuestras vidas que están formando parte de la Iglesia del Señor, y que ellos confirmaron con su autorizado aval.

Habíamos ejercido FE en la palabra que nos indicaba constituirnos como una iglesia en minúscula que integrara la Iglesia en mayúscula. Pusimos OBEDIENCIA en la palabra que escuchamos, y obediencia en el consejo apostólico de quienes nos confirmaron como la Iglesia de Dios.

Faltaba el TEMOR DE DIOS en cierto sentido. No en lo que respecta al temor que acompaña a la obediencia, pero nos faltó en el lo que veremos a continuación en el próximo capítulo, cuando ya la Iglesia se puso en marcha para sobreedificar en la obra de Dios y extender su reino.

CAPITULO II: LO QUE DIOS NO DIJO

Ya no éramos una docena de desorientados creyentes, como parias del mundo cristiano. Ahora se nos habían añadido tres contingentes de hermanos con los que formábamos un solo cuerpo. La manifestación de los dones del Espíritu Santo se había dado a conocer en señales y milagros, destacando entre ellos a un hermano ciego que recibió la vista, y una hermana paralítica por años que comenzó a caminar. El éxito parecía querernos resarcir de la soledad y de la desorientación de los primeros días.

El empuje evangelístico era evidente en la plaza de la estación de Quilmes, donde cada atardecer predicábamos el evangelio, y gente se declaraba sana de cuerpo y alma. En tres meses aproximadamente ganamos alrededor de 200 almas.

Comenzaron los proyectos de realizar grandes campañas, y ya pensábamos en contratar el estadio local para convertir a toda la ciudad.

El argumento parecía de peso, pues razonamos de la manera más lógica que creíamos: Si sin el Espíritu Santo, cada uno de nosotros antes tenía incierto éxito; ahora con el Espíritu Santo, con su poder evidente, sería arrollador.

Entre los muchos predicadores que nos visitaron quiero destacar la primera visita que nos hizo el pastor Eduardo Miller, a quien después de un tiempo llamaríamos Papi. Fue un tanto desconcertante su ministerio en aquella ocasión y culminó nuestro asombro cuando al despedirnos conversamos con él, le compartimos nuestros ambiciosos proyectos evangelísticos. Su respuesta fue: “Esto no es de Dios. Dios no dijo esto. Ustedes están demasiado verdes para una cosa así. Deben madurar primero buscando conocer a Dios”.

La respuesta nos pareció de lo más antipática. No tendríamos demasiada relación con aquel siervo.

Pero tuvimos que cambiar la opinión ante los acontecimientos que se avecinaron.

Cada día traíamos gente que había manifestado entregarse al Señor, desde la plaza al taller mecánico donde se reunía la Iglesia. El entusiasmo iba creciendo, pero un día sorprendí la conversación, o semi disputa, entre dos hermanos que estaban empeñados en asegurar que cada uno de ellos había “convertido” más que el otro.

Me inquieté.

Días más tarde, los frutos de nuestro esfuerzo evangelístico, se iban diezmando. De las 200 almas nuevas, un día faltaron 5, otro día 10, más tarde 20, y en poco tiempo, todos, absolutamente todos desaparecieron.

Pudimos entender que Dios no dijo que hiciéramos lo que estábamos haciendo.

Suspendimos las reuniones al aire libre en la plaza de la estación. Sabíamos que evangelizar era un mandamiento del Señor, pero que Dios nos había salido al paso, porque no tomamos esa responsabilidad con temor de Dios.

La falta de este santo temor lleva a la impureza y al orgullo. El éxito en las cosas de Dios debe estar cubierto con la **verdadera** intención de darle gloria.

Recuerdo algo que es una confesión. Cierta pastor de la ciudad de Rosario me invitó para ir a predicar un día en su congregación. Yo le contesté que solo aceptaría la invitación si la extendía durante 3 meses, pues mi ministerio para cambiar su Iglesia requería ese tiempo como mínimo. Yo había tenido cierto éxito en una congregación de la ciudad de Santa Fe. Y evidentemente me había mareado.

Recurrimos a Papi Miller, el que nos dio la respuesta antipática, que nos dijo: “¡Dios no dijo!”.

Ahora bajo su ministerio fuimos llevados a buscar a Dios, trabajando en la purificación de nuestras motivaciones. Y al final para prepararnos, pues una fecha próxima, a salir con humildad, con poder y con temor de Dios a predicar por todo el mundo el evangelio a toda criatura.

En el libro que muchos años más tarde el Señor me permitió escribir, cuyo título es **Congregados para darle gloria**; se puede entender mucho mejor, por qué nos reclusimos en la intimidad de las pareces de la Iglesia, que ya no era el taller mecánico, sino un salón encima del taller mecánico.

En ese libro se describe la santa motivación que debe acompañar a cada actividad que desarrolla el individuo o la iglesia. Y esa motivación es su gloria. Si comer o beber o hacer otra cosa, según Pablo (1Cor. 10:31) debe ser hecho para la gloria de Dios, esa cosa que no es cualquier cosa, esa cosa de la anunciación del evangelio debe ser llevada a cabo con esa mira, con ese propósito que parte de un deseo genuino por haber conocido, o estar conociendo a Dios.

No tardamos demasiado en volver a la calle, fue el tiempo suficiente de poner en orden las motivaciones y el objetivo que nos llevaba a predicar la salvación de los perdidos.

Pero todo ese tiempo de reclusión no fue demasiado fácil, pues muchos hermanos no nos entendían.

Un día alguien, a la pregunta que le hicieron tratando de saber el por qué de nuestra aparente inactividad, respondió de la siguiente forma:

-Estamos sacándole punta al lápiz.

A lo que contestó el que había hecho la pregunta: -Vamos a ver si de tanto sacarle punta se van a quedar sin lápiz.

Fue una buena respuesta que tuvimos en cuenta, y la Iglesia en la ciudad de Quilmes, hasta el día en que se escriben estas líneas, se ha extendido en 40 ciudades de Argentina y 12 en Europa.

Con TEMOR DE DIOS, la FE, y la OBEDIENCIA estamos respaldados para que la obra de Dios se haga en humildad y dedicación.

CAPITULO III: INICIACION A LA ALABANZA

Lo que la Iglesia conocía acerca de la alabanza era muy limitado. La declaración de David de que “Grande es Jehová, y digno de **suprema** alabanza” (Salmo 145:3), estaba escondida para nosotros. Lo único que conocíamos era la entonación de algún precioso himno y alguna oración que se elevaba en el culto del partimiento del pan. Ahí terminaba todo en el servicio ofrecido a Dios.

Es por esto que nos sorprendió mucho y nos halló desprevenidos cuando ese mismo hermano de apellido Miller, vino a predicarnos la palabra.

Lo habíamos invitado a hablar, sabíamos que era un buen predicador, pero nos alarmamos cuando vimos que traía en su visita, un estuche negro voluminoso. Alguien dijo en son de broma:

-¡Qué Biblia se ha traído este pastor!

Pero no era una Biblia. Era un acordeón. Lo desenfundó, comenzó a cantar una canción desconocida que los hermanos iban siguiendo. Y de repente, sin una melodía específica, pero con unos acordes muy armoniosos, improvisaba palabras. Los fieles comenzaron a hacer lo mismo, acompañando sus cánticos inusuales, pero agradables, con la elevación de sus manos hacia el cielo.

Comencé a preocuparme. Llegó a tal punto mi preocupación que se transformó en miedo. Quise intervenir para acabar con ello, pero no me atreví. Yo, el pastor, abandoné las ovejas, las dejé cantando con aquel extraño siervo y me dirigí a la calle. Allí me encontré con todos los ancianos de la Iglesia tan perplejos como yo. Nos miramos los unos a los otros. El volumen de las voces en armonía iba subiendo, y alguien hizo una pregunta:

-¿Es de Dios, o no es de Dios?

Todos dijimos:

-Sí, es de Dios.

-Pues entonces, ¡Adentro!

Fuimos a nuestros asientos. No nos sentamos, permanecemos en pie. Y allí empezó algo así como una odisea: cantar aquellas canciones, que más adelante supimos que eran cánticos en el espíritu, y levantar los brazos. Todo fue difícil. Los que pocos momentos antes habíamos estado en la calle nos íbamos mirando de reojo, y así nos animábamos los unos a los otros para ir levantando nuestros brazos centímetro a centímetro.

El mensaje que siguió a la alabanza fue sobre la dignidad del Señor de recibirla. Y fuimos transformados en un pueblo que creyó en esa dignidad, e incorporó la alabanza a Dios en su vida congregacional y privada no como una cosa más de una actividad devocional, sino en la razón de ser del pueblo de Dios, que a fin de cuentas fue formado para publicar sus alabanzas (Is. 43:21).

Era algo nuevo pero esplendoroso, nos pasábamos horas alabando al Señor. La Iglesia no se cerraba ni de noche ni de día, había un culto continuo, el fuego del altar no se apagaba.

Se cometieron excesos. Excesos que Dios permitió para poder corregirnos después, pero que debían terminar. Por ejemplo, algunos salían tan fatigados de tanto alabar, cantando y

danzando, que luego no acudían al trabajo, y olvidaban ciertas obligaciones con el razonamiento de que primeramente era Dios. Pero El no tenía abandonada la Iglesia y puso su orden. Había sido necesario llegar hasta un punto para que pudiéramos ser liberados de inhibiciones para con Dios. Pero las aguas volvieron a su cauce. Seguimos alabando, las aguas seguían fluyendo, pero ya cada uno volvía a su trabajo y a sus obligaciones pero con el sentir de la libertad de ofrecerle a Dios cotidianamente un culto que cada vez trataba de ser más espiritual.

Conservamos, y no como recuerdo, sino como expresión vigente de lo que está sucediendo aún en nuestros días, un texto que ponemos a la salida del templo: “Alma mía espera en Dios, porque aún he de alabarle” (Sal. 42 y 43). Es a la salida que está pintado este texto, para que cada uno al terminar el culto y dirigirse a su casa piense que, no habrá sido suficiente. Aún, todavía, Dios es digno de recibir mayor gracia.

Las observaciones sobre exageración en este culto que aún hoy día seguimos ofreciendo a Dios, no se hicieron esperar. Nunca rechazábamos las observaciones. Siempre son un motivo para reflexionar. Y en esa reflexión particularmente recordé, que un año atrás tuve que traducir del inglés, y adaptarlo musicalmente, un himno que se cantó luego en Berlín en un congreso de la Asociación Billy Graham. El himno entre otros versos decía:

**“Señor, te pido perdón
por haber pronunciado hoy
mil veces tu nombre con amor”.**

Pensé que el original estaba equivocado, pensé que mi conocimiento del inglés no era suficiente para interpretar aquello. ¿Cómo era posible, pedir perdón a Dios por haberle nombrado mi veces con amor?. Consulté al hermano Orville Swindoll que fue quien medio aquel trabajo de adaptación. Y le argumenté mi estupor.

-Yo esperaré un premio -le dije- por haber pronunciado mil veces con amor el nombre del Señor.

Y mi buen hermano me contestó:

-Yo te lo voy a explicar. Si pronuncio mil veces con amor el nombre del Señor le tengo que pedir perdón por no haberlo pronunciado dos mil veces. Si lo pronuncio dos mil veces le tengo que pedir perdón por no haberlo pronunciado tres mil. Si lo pronuncio un millón de veces mi obligación es pedirle perdón por no haberlo pronunciado dos millones de veces...

-¡Está bien, está bien! -lo interrumpí-, ya lo entiendo. Ahora te pido perdón por haberte importunado.

Adapté la letra a la música, se cantó en Berlín, y aquí en esta congregación lo seguimos cantando.

Cuando recordé esto y se lo compartí a los hermanos dimos gracias por las observaciones, y dijimos: “alma mía espera en Dios porque **aún** he de alabarle”.

Por si nos quedaba alguna duda acerca de lo que estábamos haciendo en el culto que ofrecíamos al Señor, y que **todavía** estamos ofreciendo, ocurrió algo inusual.

Los cultos se celebraban, como dije, en el piso alto, justo encima del taller mecánico de mi cuñado Oscar. El con mi hermana, vivían encima del salón. Todas las noches, después de celebrar

el culto, se quedaban los hermanos a conversar, y generalmente, una hora después se iban los últimos, quienes cerraban la puerta del salón.

Una noche, después de finalizada la reunión, mi hermana y mi cuñado subieron a su departamento para cenar e irse a la cama, como siempre, en la confianza de que, también como siempre, los últimos cerrarían la puerta. Después de un silencio, cuando ya juzgaron que se habían ido todos, escucharon que subían, procedentes del salón los habituales cánticos del espíritu que se cantaban en cada culto. Pensaron que los hermanos estaban alabando en un culto improvisado, y con gran alegría bajaron al salón, para participar de él. La puerta del salón estaba cerrada, les extrañó, porque hacía calor. Los cánticos proseguían. Abrieron la puerta. La luz estaba apagada, los cánticos continuaban. Encendieron la luz; el salón estaba vacío y los cánticos llenaban el salón. Al poco rato cesaron. Dedujimos que esto sucedió porque el Señor nos estaba diciendo, no sólo que aceptaba la alabanza, sino que quería más. Los cultos que siguieron, aún cuando pusimos más fuerza y ganas nos dejaron sabor a poco, porque El, nuestro Señor, es digno de **suprema alabanza**.

Por si esta milagrosa señal no hubiera sido suficiente, pocas semanas después ocurrió algo similar, pero de mayores proporciones. Quizás porque a alguien le faltaban pruebas para convencerse de que Dios se complacía en las alabanzas. Y para que no cesáramos en ellas.

En ese tiempo ya teníamos funcionando en Quilmes la primera Casa Bíblica. Ya les explico qué es esto.

Es una casa de estudios teológicos que pusimos en marcha; pero que no queríamos que fuera un seminario frío, sino un hogar donde se estudiaran las Sagradas Escrituras. De estas casas o seminarios hay tres funcionando en Argentina y dos en Europa. De allí han salido hasta este momento 74 jóvenes que están ejerciendo el pastoreo en el país y en el extranjero. Pero de la fundación de estas casas nos ocuparemos en otro momento.

En esta primera Casa Bíblica vivían unos 10 estudiantes que aprendían a conocer a Dios y se ejercitaban en el ministerio que ejercerían con posterioridad.

La casa funcionaba en un barrio residencial, cuyos vecinos eran amantes del sosiego.

Un día uno de los vecinos vino a verme visiblemente enojado, diciendo que no había podido dormir en toda la noche debido a los cánticos que provenían de la Casa Bíblica. Me dijo que durante el día eran agradables, pero que a la noche, es decir, a esto de las 3 de la madrugada se les hacía imposible conciliar el sueño cuando tenían que levantarse temprano para ir a trabajar. Me rogó que les dijera a los estudiantes que dejaran de cantar en aquella hora. Le contesté que así lo haría, y le pedí disculpas.

Al día siguiente me enteré que a las 3 de la mañana en Casa Bíblica se dormía plácidamente. Sé que los estudiantes no me mintieron. Lo comprobé a través del director de la Casa. Nadie en la Casa había cantado hasta esa hora. Los vecinos escucharon lo mismo que mi hermana y mi cuñado escucharon en el salón vacío. Dios estaba repitiéndonos que nuestra alabanza era insuficiente, y que de aquella manera, estaba añadiendo incienso a nuestras oraciones (Ap. 8:3).

El Señor no quiso ponernos mal con los vecinos. La cosa no se repitió; pero nosotros nos afirmamos en proseguir a alabar a Dios.

Habíamos recibido la orden por un medio maravilloso. La Biblia nos confirmó que es correcto en la Iglesia alabar al Señor como primera prioridad.

CAPITULO IV: ID POR TODO EL MUNDO

El aprendizaje de buscar a Dios y de proseguir a conocerle (Oseas 6:3) iba dándonos seguridad para volver a salir a predicar el evangelio, pero ya con un buen pie.

La motivación la teníamos implícita en el mandamiento de “id por todo el mundo y proclamad el evangelio a toda criatura” (Mar. 16:15). No hacía falta ninguna otra motivación. Aun cuando habíamos interrumpido la actividad propiamente dicha, sin embargo estábamos cumpliendo el mandamiento preparándonos para una próxima embestida. Es decir “Sacando punta al lápiz, para escribir inteligiblemente”.

Cuando salimos de nuevo teníamos un objetivo bien marcado, un objetivo que era triple: la primera parte era proclamar el evangelio **para la gloria de Dios**. Perseguir antes que nada el ensalzamiento de su divinidad y soberanía. Ningún otro objetivo puede reemplazar a éste. El y su gloria están por encima de cualquier otro sentimiento por profundo y espiritual que sea. Al Señor se le conmovían las entrañas cuando miraba a las multitudes desorientadas, si haber quién les predique (Mat. 9:36 y Rom. 10:14). Es para mitigar el dolor de Dios (que no es un ser insensible) que el evangelio de la salvación eterna ha de ser predicado, y en esa Salvación, Dios se goza con sus ángeles en el cielo (Luc. 15:10). Su dolor es más profundo que el dolor del que se puede perder, y buscando su gozo cumpliendo en nosotros damos coherencia a la predicación del evangelio fundamentada primeramente en Dios.

La segunda parte de este triple objetivo es el necesario amor por las almas que viven sin Dios, sin Cristo y sin esperanza. Teniendo clara la primera prioridad, habiendo puesto el fundamento de la gloria y el amor de Dios no habrá peligro de que nuestra predicación del evangelio sea una mera manifestación de sentimientos humanos faltos de poder. Amaremos a las almas porque amaremos a Dios. El haber puesto a Dios en primer lugar nos habrá hecho buscar la identificación con Cristo, y de esta manera podremos experimentar, como El, esa compasión por las multitudes descarriadas.

La tercera parte de este objetivo que debe perseguirse en la proclamación del evangelio es la espera del galardón que el Señor tiene preparado para aquel día, para aquellos que han terminado la carrera (2Tim. 4:7). No desairaremos a Dios, diciéndole que no es necesario que nos premie por el trabajo desempeñado, pues lo hemos hecho desinteresadamente. El galardón que Dios ha prometido a todos aquellos que han edificado oro y piedras preciosas (1Co. 3:12) está en los designios de su soberana voluntad. No sabemos cómo será esa corona, pero lo que nos regocijará es saber que irá acompañada de la invitación: “Bien, siervo bueno y fiel; sobre poco has sido fiel, sobre mucho te pondré; entra en el gozo de tu Señor” (Mat. 25:21).

Entre alabanzas, clamores y quebrantos de corazón fuimos concientizándonos que la predicación del evangelio era una cosa muy seria.

Pero también aprendimos que los lugares donde debíamos ir tenían que ser mostrados por el Señor. Y Dios preparó nuestro corazón y nuestros oídos para poder poner fe, obediencia y temor de El en las indicaciones que nos iría dando.

En el pasado habíamos puesto en práctica muchos métodos y muchas estrategias. Ahora no era cuestión de irse al otro extremo, pero estábamos dispuestos a movernos únicamente en las indicaciones del Señor. Y El nos dijo que nos pusiéramos a clamar por la salvación de la gente, y que a medida que nuestro clamor llegara a su trono, El nos iría marcando lo que deberíamos hacer.

Esto nos llevó a la ciudad de Santa Fe. Por espacio de dos años fuimos semanalmente a esa ciudad a compartir el mensaje de salvación y de edificación de la Iglesia, a un grupo no muy grande de hermanos que más tarde fueron la Iglesia que hoy permanece como la primera que salió del testimonio de aquella docena de hermanos que se constituyeron como Iglesia en la ciudad de Quilmes.

Pero cuando se despertó en serio la inquietud misionera de la iglesia fue en el año 1970, cuando con mi familia fuimos enviados en un corto viaje misionero.

Para explicar esto tengo que contar una pequeña historia que comienza cuando, después de un año de casados, salimos, mi esposa y yo, junto con mi madre, como emigrantes de España hacia Argentina.

Nos habíamos convertido en medio de la persecución religiosa que se desencadenó en España contra los cristianos evangélicos ni bien comenzada la guerra civil, y que siguió por muchos años. En esos años nos convertimos a Cristo.

La falta de libertad política, la situación económica deplorable y la persecución religiosa nos hicieron buscar otros horizontes. Por fin logramos subir a un barco argentino para abandonar España. Cuando cruzamos el estrecho de Gibraltar recuerdo muy bien que saludamos desde la cubierta las costas españolas y dijimos que jamás regresaríamos a España, tal era el sufrimiento que por muchos años habíamos experimentado en nuestro país natal.

Llegamos a Argentina, una nación que nos recibió sin preguntarnos nada y que nos dio pan y libertad. Nos asombrábamos cuando veíamos que podíamos predicar el evangelio sin correr el riesgo de ir a la cárcel. Tardamos 14 años en aprender a tomar mate, pero nuestro corazón y nuestra alma se hicieron argentinos. Y tuvimos 4 hijos a quienes enseñamos a valorar lo que era nuestra segunda patria, y para ellos era la suya. Y seguíamos empeñados en no regresar jamás a menos que hubiera un gran cambio político en la nación que nos vio nacer.

Una noche del año 1968 tuve un sueño. Se me antojó que más que un sueño era una pesadilla. Soñé que el Señor nos enviaba, a mi y a mi familia como misioneros a España. El haber juzgado el sueño de mal talante era por causa de que la misma situación política y religiosa se vivía en España. Me desperté. No había amanecido aún, quise volver a dormir para soñar otra cosa, pero ya no pude dormirme. Era tanto el insomnio que opté por despertar a mi esposa y compartirle mi mal humor por lo que había soñado. Así lo hice. Y ella se despertó.

-¿Qué te pasa? –me dijo.

- Te voy a contar lo que acabo de soñar –le respondí.

Y le conté mi sueño.

Cuando terminé, ella me sonrió. Me pude dar cuenta porque había prendido la luz de la mesita de noche.

-Ahora te voy a decir lo que estaba soñando cuando me despertaste –me miró fijamente para ver mi cara y añadió: –Acabo de soñar lo mismo que tú. El Señor nos está enviando a España.

No se lo dijimos a nadie. Lo guardamos en el secreto de nuestro corazón. Nos costó estar dispuestos a obedecer aquella palabra recibida por medio de dos sueños simultáneos. Pero queríamos alguna otra confirmación.

La confirmación no venía. El cambio político y religioso que podría habernos hablado como una señal no se producía en España. Todavía se fusilaba a los adversarios, después de terminada la guerra civil.

Comenzamos a olvidar el sueño, a propósito.

Y pasaron dos años.

En una conferencia en la ciudad de Mar del Plata uno de los dos predicadores desconocidos por nosotros, en una de las reuniones, nos llamó a mi esposa y a mí al frente, delante de la congregación y dijo públicamente:

-El Señor envía a este matrimonio como misioneros a España.

No nos resistimos más. La evidencia de la soberana voluntad de Dios era bien notoria. Y lo fue aún más cuando en esa misma reunión se levantó una ofrenda que cubría los gastos de viaje para toda la familia.

Y allá fuimos. Fue un viaje de tanteo, como los espías en la tierra prometida. Volvimos con frutos no solamente en España, sino que el Señor nos utilizó para establecer una iglesia en España y otra en Inglaterra.

Esas dos iglesias se fueron desarrollando con dificultades. Pero después de 5 años estuvimos viviendo ya en España por un tiempo prolongado.

Cuando estuvimos convencidos de que nuestros dos sueños eran palabra de Dios, pusimos fe. El temor de Dios cubrió la obediencia y hoy, cuando escribo estas líneas, una docena de Iglesias en Europa están bajo la responsabilidad de un presbiterio internacional que forzosamente tuvo que formarse a través del tiempo.

En la zona de influencia de la ciudad de Quilmes no teníamos ningún anexo. En los alrededores de la otra Iglesia en la ciudad de Santa Fe tampoco se extendía la obra. Sin embargo, al otro lado del Océano Atlántico había una prolongación de la obra que Dios nos había encomendado.

¿Era este un procedimiento que podría respaldarse con el entendimiento de la Iglesia del Nuevo Testamento?

Estamos convencidos de que el comienzo en Jerusalén, Judea, Samaria y hasta lo último de la tierra (Hch. 1:8) podía ser un modelo, pero no el único, si creíamos de verdad en el funcionamiento de la vigencia del Espíritu Santo. Este, el Espíritu Santo, interrumpió el éxito de Felipe en Samaria para enviarlo hacia el sur a un lugar desierto (Hch. 8:26). No era cuestión de sacar una fotocopia de las Escrituras y forzarlas a combinar con lo que Dios estaba diciéndonos. El es el dueño de los tiempos y sabe dónde hay un etíope necesitado aunque rompa la continuidad y aparente razonable estrategia.

Evangelizábamos Quilmes, Santa Fe y sus zonas respectivas, pero allá a lo lejos, al Este de América, había gente necesitada que Dios había designado salvar en aquel tiempo pro medio de estos siervos.

CAPITULO V: LA TIERRA SOÑADA POR MI

Para algunos la tierra soñada es Granada, la vieja canción así lo expresa. Pero la tierra que yo soñaba poder ver y pisar algún día era Inglaterra.

Me enamoré de Inglaterra por Shakespeare. En mi juventud leí sus obras y vi varias de sus tragedias en cine o en teatro. En un tiempo recitaba de memoria los versos de Hamlet en una impecable traducción al castellano. Pero hasta aquel momento nunca había podido ir a la tierra del gran dramaturgo. Se podía concretar aquel anhelo en nuestro primer viaje misionero.

Conocí en Argentina un pastor con el cual me hice amigo, tanto que hemos trabajado compartiendo el ministerio alrededor de 20 años. Su nombre: Ian McCulloch.

El recibió el bautismo en el Espíritu Santo mucho antes que yo, pero antes de eso tuvimos que separarnos pues él fue enviado a Paraguay y posteriormente volvió a Inglaterra, al país de sus padres que eran misioneros como él.

Habíamos perdido todo contacto. Dos veces en el transcurso de varios años nos vimos. Una vez en Argentina donde vino a ministrarnos juntamente con el hermano Arturo Wallis que ya está con el Señor. Esa visita fue de gran aliento para nosotros, pues estábamos un poco de capa caída, ya que no podíamos resistir las acerbos críticas que se levantaban contra el fervor que poníamos en las alabanzas, de cuyo beneficio estábamos disfrutando. Ellos nos alentaron a proseguir, diciéndonos que si aflojábamos en alabar a Dios por miedo a las críticas, no haríamos otra cosa que poner de manifiesto nuestro amor propio. Nos enseñaron a entender la estrecha relación que hay entre el miedo y el orgullo.

La otra vez que vi a mi hermano Ian fue en Paraguay.

Yo había llegado de una gira por América del Sur invitado por mi hermano para tener una campaña en la ciudad paraguaya de Pilar. Pero cuando llegué, mi hermano estaba disciplinado, sentado en el último banco de la iglesia donde hasta hacía una semana había sido pastor. Y por supuesto la campaña se había cancelado.

Como aquella disciplina impuesta no era por causa de ningún pecado, sino por una errónea interpretación doctrinal, entendimos que la voluntad de Dios era seguir con la campaña. Y con un santo celo salimos él y yo, junto con unos pocos hermanos a predicar el Evangelio por las calles de Pilar.

A raíz de esa fidelidad se formó una Iglesia pujante que hoy se ha extendido en muchas localidades de Paraguay.

No nos vimos más. Pasaron aproximadamente 4 años. Ni nos habíamos escrito en todo ese tiempo. Yo no tenía la dirección de él en Inglaterra, pues él ya hacía tiempo que estaba allí.

Pero encontré a otro hermano que tenía la dirección de Ian, y esto me incentivó para ver a mi hermano, y para realizar el sueño de ir por primera vez a Inglaterra.

Es significativo consignar qué pasó antes de emprender el viaje.

Mi señora y tres de mis hijos quedarían en Barcelona y yo viajaría con mi hija mayor, que en aquel entonces tenía 15 años.

Yo me sentía muy excitado la noche anterior. ¡Por fin se iba a cumplir mi sueño!

Recuerdo que nos acostamos y quedé dormido profundamente, pero a eso de las tres de la madrugada me desperté. No me sentía bien, me faltaba el aire. Me sentía morir. Alguien me estaba apretando la garganta. Esta era la sensación que tenía. Quería gritar y me era imposible. Por fin hice un esfuerzo y llamé a mi señora que descansaba a mi lado.

-¡Despiértate, despiértate, mamá, me muero!

Mi mujer se despertó. Yo pensé que se levantaría apresuradamente, iría al teléfono, llamaría a un médico u oraría por mí. Pero no hizo nada de eso. Entre mi desesperación y desasosiego, en medio de esa asfixia que sentía, mi señora esposa me dijo con mucha calma:

-¡Tonto!

Se me fue la opresión. Pude respirar normalmente. Las manos que apretaban mi garganta se aflojaron. Y mi mujer añadió:

- ¡No ves que esto es un ataque del enemigo porque te vas a Inglaterra! Quédate tranquilo porque Dios te va a usar allí.

Habitualmente me ofendía si alguien me llamaba “tonto”. Y si ese alguien era mi mujer, todavía más; pero en esa circunstancia difícil para mi, aprendí que el diablo está controlado por Dios.

Efectivamente, era un ataque del enemigo. Pero allí al lado, Dios había cuidado de colocar a mi esposa para, en términos no muy bíblicos, quizás, pudiera ahuyentar al que quiso asustarme en vísperas de un viaje singular.

Me dormí plácidamente. Me levanté temprano, y con mi hija mayor nos fuimos a tomar el tren para París. Luego viajamos a Calais. Y de allí cruzamos por primera vez el Canal de la Mancha.

A las pocas horas pisaba ya “la tierra soñada por mí”.

No tengo suficiente gracia ni estilo para describir la emoción que sentí. Pero es aquella que cada ser humano experimenta cuando llega un anhelo que al fin se realiza.

Nos llevaron a pasear por Londres. Me faltaban ojos para admirar. Disfrutaba cada centímetro de asfalto que pisaba.

Pero Dios no me había permitido la realización de aquel anhelo solamente para que disfrutara de mis emociones. Recordé que mi mujer me había dicho que Dios me iba a usar en aquella tierra. Y me dispuse a buscar al Señor y a ponerme a disposición de su soberana voluntad.

Recuerdo la habitación de la casa de Ian. Lloré sobre la mullida alfombra que cubría el suelo. Y clamé al Señor por Inglaterra.

Mi hermano Ian en aquel momento de su vida no se congregaba en ninguna Iglesia. Iba predicando en diversos lugares, confirmando a aquellos que habían recibido el bautismo en el Espíritu Santo, y sembrando santas inquietudes en quienes querían más de Dios.

Fuimos a distintas congregaciones. Nunca cesaré de agradecer al Señor y a mi hermano el trabajo paciente y tesonero de éste haciéndome de intérprete, para que yo pudiera predicar el evangelio a sus compatriotas. Esa fidelidad la tuvo él conmigo durante muchos años.

Faltaban pocos días para regresar a Barcelona cuando fuimos a visitar a un grupo de hermanos en una pequeña población llamada Emsworth, al sur de Inglaterra. Tuvimos una sola reunión en aquel lugar, si no me falla la memoria.

Eran unas 40 personas. Todas pertenecían a otras congregaciones. Pero se reunían en una casa porque en sus respectivas iglesias no tenían libertad para expresarse a Dios.

Recuerdo que en el mensaje que Dios me permitió darles les pregunté quién era el pastor de aquella congregación, me respondieron que el pastor era el Señor Jesús. Les contesté que Él era el pastor de la Iglesia Universal. Pero les insistí preguntando quién era el pastor de aquella Iglesia local.

Estuvieron un tanto perplejos ante mi insistencia en la pregunta, pues no había asumido que el hábitat del Señor, por excelencia, es la Iglesia, es decir donde hay dos o tres reunidos en Su nombre. Y tampoco había entendido que el Señor tenía profundo dolor cuando esos hermanos no tenían pastor.

Después de aquel intercambio de preguntas y respuestas proseguí con el mensaje que Dios me había dado y concluí diciéndoles que si seguían así se estaban portando como un hombre que tiene dos esposas. Que debían definirse. Seguir cada uno en sus respectivas congregaciones o constituirse en una nueva expresión del cuerpo de Cristo. Pero que dejaran de ser ambiguos.

Si optaban por lo segundo el único motivo válido para constituirse como una nueva Iglesia era el deseo de tener mayor libertad en alabar y adorar a Dios. Ese fue el motivo de la liberación del pueblo de Israel saliendo de Egipto: “Deja ir a mi pueblo a celebrarme fiesta en el desierto” (Ex. 5:1). No hay otro motivo válido. Si alguien sale de su congregación y no es motivado por la libertad de ofrecer a Dios un culto de mayor gloria, el motivo no es nada más que una burda excusa.

Nos fuimos. Llegamos con mi hija a Barcelona. A los pocos días recibíamos un llamado telefónico de parte de mi hermano Ian diciéndome que se había formado una Iglesia en Emsworth. Una iglesia que pastoreó Ian por muchos años y que se extendió por aquella tierra soñada por mí.

CAPITULO VI: OPERACIÓN CAMPANA

Estuvimos 5 meses en Europa. Regresamos a Argentina vía Nueva Cork, donde estuvimos tres días. Yo ya conocía la ciudad. Había estado 5 años atrás y viví en ella unos dos meses. Así que era una satisfacción para mí, mostrarles a mis hijos y a mi esposa los distintos lugares hermosos e imponentes que la ciudad tiene. La sorpresa me la llevé cuando estado en la 5ta. Avenida, después de haber subido al Empire State, visitando la estatua de la libertad y viendo patinar sobre el hielo de Rockefeller Center, mi hijo menor, que en aquel tiempo tenía 5 años exclamó:

- ¡Papá, no hay nada mejor que el parque de la cervecería!-, haciendo alusión a un parque de tercer o cuarto orden que poseemos en la ciudad de Quilmes.

Todos nos reímos. Pero todos convenimos en que ya teníamos ganas de volver a casa.

Y volvimos, habiendo dejado establecida una Iglesia en Inglaterra y a unos pocos hermanos en España sedientos de Dios.

Sabíamos que aquel viaje había sido un comienzo. Pero como siempre, esperábamos una nueva orden de Aquel que es dueño de la obra y que también la dirige.

El año que siguió pudimos experimentar el ministerio de la correspondencia escrita y hablada, esta última por medio de cassettes grabados que contenían palabra de Dios, enviándolos a España e Inglaterra para que tuvieran un conocimiento más amplio de su persona.

La vida en Argentina continuó. La Casa Bíblica ya estaba funcionando desde hacía dos años. A medida que pasaban los meses íbamos entendiendo más claramente los propósitos de Dios con aquellos jóvenes que deseaban conocer más de la Escritura y del poder de Dios (Mat. 22:29).

Intentamos brindarles este conocimiento que aparece dividido en dos partes en la Sagrada Escritura, por esto alternábamos las clases de teología con momentos de oración, alabanza y búsqueda del Señor.

Estábamos seguros de que si enfatizábamos más una parte de este conocimiento en perjuicio de la otra no estaríamos colaborando con el más alto propósito del Señor al darnos vida eterna, que es llegar a conocerle (Jn. 17:3).

Un conocimiento intelectual era necesario, puesto que las Sagradas Escrituras están por encima de cualquier manifestación del Espíritu, pues sólo por medio de ellas es posible determinar si las manifestaciones son realmente del Espíritu de Dios.

La otra parte del conocimiento, buscando a Dios en soledad y en contacto con los demás, nos aseguraba que estábamos a resguardo de la letra que mata.

Y así, de vez en cuando, apartábamos un día o dos, a los cuales les llamábamos “acuartelamiento”, donde los profesores y los alumnos permanecíamos en la Iglesia, puesto que la Casa Bíblica en aquel tiempo no tenía demasiadas dependencias, y allí orábamos clamando por más luz en el camino de la búsqueda de Dios.

Un día del año 1971, estábamos así, reunidos con los estudiantes, y de pronto un joven llamado Jorge Ayala exclamó:

-¡Operación Campana!

No acertamos a entender qué estaba diciendo aquel compañero. Pero en seguida nos participó lo que Dios le estaba mostrando.

Nos dijo que el Señor quería que visitáramos la ciudad de Campana, una ciudad a 100 kms. al norte de Buenos Aires y que oráramos por aquella ciudad. Pero que no nos detuviéramos en ella, sino que prosiguiéramos hacia el norte, visitando y orando por cada una de las ciudades que estaban en el camino hasta llegar a la ciudad de San Nicolás, a 250 kms. de la capital de Argentina. Y explicó que el Señor establecería alguna iglesia en alguna de aquellas ciudades.

Como siempre, no salimos corriendo. Esperamos el envío de la fe por parte de Dios, para poner en marcha la obra con la obediencia, y luego emprender el cumplimiento de la orden con el temor de Dios.

Y la fe vino.

Siempre pensé que cuando uno tiene que hacer algo para el Señor, quien está cubriendo a quienes tienen que realizarlo deben ir en primera fila. Así que consignamos a dos jóvenes y dos señoritas, y yo me fui con ellos en un coche bastante grande. Uno de estos jóvenes sabía tocar muy bien el acordeón, y cargamos el instrumento en el auto. Las dos señoritas cantaban muy bien.

Cuando llegamos a la ciudad de Campana nuestros corazones aceleraron su ritmo. La orden concreta que aquel muchacho había recibido de parte de Dios, era que debíamos alabar y orar en la plaza principal de cada una de aquellas ciudades. Estábamos dispuestos a obedecer al Señor, pero teníamos temor de ser extravagantes delante de la gente. Y aquí empezaba la gran lucha.

No era demasiado difícil aceptar el juicio de la gente que nos tildara de locos, o de miembros de alguna secta extraña. La duda venía cuando en nuestra mente aparecía la pregunta: “¿Será de Dios lo que hacemos? ¿No será realmente una extravagancia?”.

Supongo que todos íbamos pensando lo mismo hasta que llegamos a la ciudad de Campana.

Aparcamos el coche en la plaza principal. Y empezamos con lo más fuerte. Allí frente a un banco de la plaza nos arrodillamos los cinco orando y alabando a Dios. Suponemos que la gente que pasaba nos iba mirando extrañada. Nosotros no nos dimos cuenta, porque Dios vino a nuestro clamor y nos dio seguridad de que estábamos haciendo lo correcto.

Salvando todas las distancias, nos acordamos de Daniel cuando abría las ventanas que miraban a Jerusalén y oraba a Dios tres veces al día (Dan. 6:10).

Hasta llegar a la ciudad de San Nicolás, hay en el camino: la mencionada ciudad de Campana, luego vienen las ciudades de Zárate, Baradero, San Pedro y Ramallo, y por último San Nicolás, nuestra meta final.

En todas estas ciudades llegamos a las plazas principales, y en todas ellas hicimos lo mismo, cuando distintas canciones, clamando y paseando, brazos en alto, alrededor de las plazas.

Nada en especial sucedió, solamente la seguridad creciente de que el Señor estaba contento por vernos obedecer sus indicaciones.

No era ninguna extravagancia, pues no estábamos haciendo aquello siguiendo solamente el sentir de un joven hermano, sino que previamente lo habíamos puesto todo a consideración del presbiterio de la Iglesia, quien era el que tenía la última palabra en todas las actividades que la Iglesia emprendía. Así que con el espíritu sujeto a los profetas (1Co. 14:32) estábamos haciendo todo aquello que extrañaba a todos los viandantes que encontrábamos a nuestro paso, y por qué no decirlo, también a muchos de los hermanos de la propia Iglesia, que les parecía una extravagancia el cumplimiento de aquella orden.

Por fin llegamos a la ciudad de San Nicolás. Allí fuimos recibidos por una Iglesia cuyo sentir estaba dividido en dos partes. Unos tenían sed de Dios y buscaban más de Jesucristo, de su presencia y su poder. Otros estaban contentos con lo que hasta ese momento poseían y no querían entrar en la aventura de buscar más de Dios.

Nuestra visita fue alegría para unos e incomodidad para otros. Tuvimos un culto hermoso. Creo que por primera vez algunos hermanos de aquella congregación danzaron. Aparentemente todo andaba bien.

Dormimos en aquella ciudad aquella noche. Y a la mañana siguiente nos fuimos con el pedido expreso de que volviéramos para estar en la Iglesia por lo menos una semana, y bendecirles con cánticos, danzas y el ministerio de la palabra.

Pero en aquella misma semana recibimos una carta oficial en la que se cancelaba la invitación.

Teníamos delante de nosotros un problema que se repetiría algunas veces. ¿Qué hacer con aquellos hermanos que quedaban inquietados por la presencia de Dios, por el anhelo de tener más de El, y que esto les era vedado con medidas precautorias para impedir la entrada de más luz del Señor?

¿Habíamos dividido la Iglesia?

Los hermanos nos decían que no, que ya estas dos posiciones estaban dadas desde hacía tiempo. Los que querían libertad para alabar al Señor, y los que, según ellos, no la necesitaban, pues ya tenían suficiente.

En algunos casos habíamos optado por desaparecer y dejar a los hermanos inquietados a la deriva, resultando en un nuevo grupo sin orden eclesiástico.

En la ciudad de San Nicolás no hicimos así. Nos decidimos afrontar las consecuencias, y pastoreamos a los hermanos que ya habían decidido dejar aquella congregación.

La iglesia surgió pujante, y con el correr de los años tuvo, como ahora tiene, plena comunión con los hermanos que quedaron y se multiplicaron en su luz.

El correr de los años nos hizo a nosotros tomar ciertas precauciones. Por un lado no pastorear a hermanos disidentes por causas justas, nos ahorra dolores de cabeza y críticas. Y por otro lado hacer lo contrario, hacía surgir una nueva Iglesia poderosa, y animaba, de carambola, la Iglesia anterior.

Todavía hoy, después de 20 años nos encontramos con esta disyuntiva, algunas veces. Apelamos al dictamen de Dios en cada caso. Y luego el tiempo pone en claro los motivos que nos

llevaron a pastorear ovejas de otro redil que de otro modo hubieran quedado desparramadas y sin pastor.

Oramos al Señor para que las iglesias que se van estableciendo no sean sobre fundamento ajeno. Pero pedimos perdón desde estas páginas en los casos que no lo hemos hecho así, y que nos queda la duda de haber obrado correctamente.

No obstante, después de aquel recorrido de alabanzas cuya meta fue la ciudad de San Nicolás, en la ciudad de Ramallo y en la ciudad de San Pedro que formaban parte de aquel itinerario, surgieron sendas Iglesias al cabo de un tiempo, con ovejas del propio redil.

Gracias a Dios por la madurez de los años, y las correcciones que el Señor va ejerciendo en el transcurso del camino.

CAPITULO VII: LA GLORIA POSTRERA

Fue un llamado macedónico, pero esta vez provenía de la ciudad de Santa Fe, la que ya he mencionado anteriormente, pero recordaré que está situada a 450 kms. al norte de Buenos Aires.

Allí había una congregación, salida de otra congregación por los motivos que eran comunes en aquella época (fines de la década del '60).

Con muchas ganas de conocer más a Dios y de moverse en los dones del Espíritu Santo, aquel grupo de hermano nos pidió ayuda. Desde el momento en que nos pusimos a ayudarles, el grupo dejó de ser grupo para transformarse en lo que en realidad debió ser desde un principio: la Iglesia del Señor.

Muy pronto esa Iglesia se juntó con otra y formaron una unidad. La Iglesia a la que e habían juntado era de extracción pentecostal y estaba al frente de ella un hermano misionero norteamericano a quien queremos mucho que se llama Milford Grisham. Los que se incorporaron estaban representados por los hermanos Daniel García, Carlos Juailer y el doctor Marcelo Engler que ejercían de co-pastores con el misionero norteamericano, a cuyo cargo estaba la Iglesia.

Cuando vino este pedido de ayuda a la Iglesia de Quilmes el misionero norteamericano se fue por un tiempo a Estados Unidos, y yo pasé con mi familia a vivir en la casa que había dejado él, por un tiempo.

Pienso que fue provechosa la ayuda que proporcionamos a aquella singular congregación; pero llegaba el tiempo del regreso de los misioneros.

Estábamos pensando en regresar a Quilmes cuando de pronto, con el hermano Daniel García, sentimos la necesidad de prolongar nuestra residencia en Santa Fe, haciéndolo de un modo que está descrito en las Sagradas Escrituras, pero que hasta aquel momento nos parecía que era peculiar de los tiempos apostólicos.

El Señor nos sacó de dudas. Su palabra vino con mucha fuerza diciéndonos que lo que estaba en las Escrituras era siempre vigente. Que si los dones y las señales eran para todo tiempo, lo que estábamos pensando era, también, para todo tiempo.

Y lo que habíamos sentido era formar una comunicad en la cual viviéramos algunos hermanos juntos y tuviéramos todas las cosas en común. Era cuestión de transformar la Casa Bíblica que funcionaba en Santa Fe. Y no sólo transformarla en una comunidad social-cristiana, sino trasladarla de la ciudad al campo.

Encontramos un campo de 13 hectáreas en la ruta hacia el norte del país, en un lugar denominado Campo Crespo. Había una casa edificada con la que, haciendo ciertos arreglos y ampliaciones, podría vivir un razonable número de personas.

Hablamos con la Iglesia en Quilmes. Necesitábamos ayuda de ellos. Se prestaron gustosos, es decir, no todos, pero en su mayoría. Era necesario sacar 60 personas de la Iglesia en la que había un centenar de miembros y trasladarse a Santa Fe.

Si bien la mayoría acogió la idea como venida del Señor, hubo otros que meditaron el asunto, y sacaron conclusiones muy prudentes, pero que Dios nos dijo que no estaban de acuerdo con las Escrituras.

La primera razón expuesta para detener el proyecto era la usual: “No es para este tiempo”. A lo que aducimos lo que sentíamos del Señor: “Si la gloria postrera ha de ser mayor que la primera, eso de vivir juntos y en armonía primero y en unanimidad después, daría una gloria superior a la Iglesia de Cristo para recibir al Señor cuando venga a buscarla estando todos juntos asentados en el fundamento establecido desde un principio por Dios, en Su Iglesia”.

El fundamento de la Iglesia lo vemos trazado en los comienzos de la edificación de ella que es la unanimidad y la comunidad de todas las pertenencias. La Iglesia ha de seguir creciendo, pero el diseño de su fundamento no ha de variar, y todo lo que se sobreedifique irá subiendo sobre el mismo dibujo del principio. Y cuanto más suba sobre el diseño fundamenta, mayor gloria habrá para el Señor.

Nos imaginamos por un momento al Señor llegando a buscar a su Iglesia y encontrando a cada uno ocupado en sus propias pertenencias y en la defensa de su propiedad privada, viviendo en un materialismo al que estamos demasiado acostumbrados a ver entre los cristianos. Y por otro lado nos imaginamos al Señor encontrando una Iglesia unida en Espíritu y en verdad, no solo en espíritu, sino en verdad que es el concepto con el hecho, y pensamos que la alegría de Cristo va a aprobar una Iglesia unida que le espera juntadas las manos, dándole gloria, no solo con palabras y con cánticos, sino en su manera cristiana de vivir.

La inmensa mayoría aceptó lo que entendía que era de Dios. Pero había el otro argumento: desvestir la Iglesia en Quilmes, para vestir la comunidad de Campo Crespo, que no sería otra cosa que la Iglesia en Santa Fe.

La Iglesia no crecía de tal manera como para permitirnos ese lujo. Quedarían 40 almas solamente.

A esta prudente advertencia, también el Señor nos salió al paso con su misma palabra: “Dad, y se os dará; una medida buena, apretada, remecida y rebosante os pondrán en el regazo” (Lc. 6:38). “Más bienaventurado es dar que recibir” (Hch. 20:35).

Y eso fue lo que sucedió. Llegamos a los 60 a vivir en comunidad a Campo Crespo y Dios hizo de la Iglesia en Quilmes una Iglesia grande en la misma ciudad, y se proyectó por todo el país y por el extranjero.

¿Qué pretendíamos con todo aquel despliegue? Muchos se preguntaban eso. ¿Qué necesidad hay de un modo de vivir así? ¿No es suficiente la clásica Iglesia que predica el evangelio, y el Señor va salvando a los que tiene elegidos?

No teníamos necesidad de preguntarnos nada de eso, pues ya teníamos la respuesta. Una respuesta que nos había satisfecho a nosotros, pero que no satisfacía a los que no estaban dispuestos a acompañarnos.

La respuesta era: ¡Dios ha dicho!

Podíamos ampliar esa aseveración diciendo que teníamos una necesidad interior de probarnos a nosotros mismos que nos amábamos. Y la mejor manera de salir de dudas era viviendo juntos y compartiendo primero nuestras necesidades y pobreza, pues pasamos por esa prueba. Y

después la abundancia, que es lo que disfruta ahora esta comunidad, en un campo de 7 hectáreas propiedad de la Iglesia, con una profusión de edificaciones y dependencias que prueba que Dios había tomado la iniciativa y que, como siempre, no nos había engañado. Y también supimos o sabemos, que no llevamos a cabo una excentricidad, ni nos embarcamos en una loca aventura. Sino que fue la fe, puesta en Jesús, quien nos había hecho oír la palabra.

Las dificultades vinieron. Y ¿de qué manera!

Por empezar, aquel campo que habíamos alquilado, hacía años que no conocía lo que era un arado. El viejo tractor que teníamos, el viejo caballo y el viejo arado no podían hacer nada en una tierra dura como el diamante. Pero aramos el campo, cosechamos muy poco y comimos menos, pero Dios aparecía en los momentos que pensábamos declinar.

Deseábamos que Dios nos vindicara. Que hiciera resplandecer su rostro sobre el campo y acallara las críticas de los que decían que éramos unos locos excéntricos. Pero en vez de esto, vino un tornado que arrancó las plantas sembradas y se llevó los techos de las casas.

Podíamos resistir todo aquello, hasta aquel momento. Lo que sí pensamos que no resistiríamos fue cuando nos enteramos que se decía de los pastores de aquella comunidad, que dentro de ella hacíamos orgías cambiándonos las esposas entre nosotros.

Lo que más nos descorazonaba era que esa crítica, con pretensiones infundadas de aseveración, no procedía de la gente irredenta.

Aquí fue cuando, personalmente, pensé abandonar.

-¿Estamos equivocados? ¿Realmente somos unos pedantes que queremos demostrar nuestra valentía? ¿Será un error?

Necesitaba una palabra de Dios para no retroceder.

Pero esta vez la palabra no venía. Al contrario. Aquella noche en el culto que celebrábamos en la casa, sentía la sensación de que Dios me había abandonado.

Una sensación que es imposible describir, pero que algunos entenderán si alguna vez se han dejado engañar por Satanás.

Dios no me había abandonado. El prometió con la garantía suya que estaría con nosotros todos los días hasta el fin del mundo (Mat. 28:20). Pero mi mente había caído en las garras del enemigo, envuelta en las circunstancias que nos rodeaban. Y en medio de la oscuridad no resplandecía ninguna luz.

A la mañana siguiente todo empeoró. En un determinado momento creí enloquecer. Me refugié en la compañía de mi esposa que estaba tan afligida como yo, pero tenía mayor seguridad que el desmoronamiento que yo estaba sufriendo. Oramos un momento, pero el enemigo tenía apretada mi mente. Al mismo tiempo recordaba que Dios había empeñado su palabra de no desamparar a los suyos. Sabía que al Espíritu Santo podía contristarle pero que jamás se iría de mí. Sin embargo, la sensación de que Dios me había abandonado perturbaba todos mis sentidos.

Salí de la habitación y me dirigí lleno de angustia a cobijarme debajo de un gigantesco eucalipto que hay en el lugar. Y ya desesperado, en lo que a mí me parecía el fin de mi cordura, vino la palabra del Señor, que por primera vez escuché con voz audible:

- ¡Yo te amo!.

Era una voz dulce y de autoridad. Una voz que no daba lugar a la duda. Y por eso la duda se fue. La seguridad de estar en el buen camino, vino otra vez. El enemigo huyó, seguramente para engañar a otros en la misma situación. Pero entendí que el tiempo siempre está en las manos de Dios y que si El prolonga la prueba es para cumplir sus propósitos de bendición sobre nosotros.

Aquella experiencia me enseñó a no caer otra vez bajo la presión de las mentiras de Satanás.

Después de pasado el tiempo, las voces callaron, el Señor hizo entender a quienes no entendían, aquello que estábamos demostrándonos: que El se estaba glorificando en aquel campo que se esforzaba en glorificar a Dios viviendo una vida en la que nadie decía ser suyo propio nada de lo que poseía (Hch. 4:32).

Pero lo más importante era saber que Dios aprobaba aquella manera de vivir.

Para que no nos quedara ninguna duda de que aquello era la voluntad de Dios, en los días subsiguientes, el Señor eligió un día para hablar proféticamente por alguien que vivía en la comunidad: -El Señor quiere que fundemos una ciudad a la que seguirán otras ciudades en el futuro para que sea luz y refugio en tiempos venideros.

Más tarde supimos por otra palabra profética que el Señor nos enviaría a la Patagonia, la región más austral del mundo, a fundar aquella ciudad como preludio de lo que será la venida del Señor en el tiempo que solamente está en la potestad del Padre (Hch. 1:6-7).

Al escribir todo esto ya están instaladas 4 iglesias en la región. Y ya se está vislumbrando el lugar para esa primera ciudad que ha de ser solamente una muestra de la gloria postrera.

CAPITULO VIII: EL PRECIO DE LA GLORIA

¿De qué gloria se trata? ¿Es la gloria de Dios, o la gloria de la Iglesia? Es una misma gloria, de acuerdo a lo declarado por el Señor Jesús en su oración pontifical:

“Y yo les he dado la gloria que me diste” (Jn. 17:22). Es una gloria que proviene de Dios y que luego reciben los que creen en El, para que aquellos hagan con esta gloria lo mismo que hizo el Señor Jesús con ella: transferirla a los suyos para que los suyos se la transfieran los unos a los otros, y de esta manera en un verdadero final, la vuelva a recibir Dios Todopoderoso; porque “En esto es glorificado mi Padre, en que llevéis mucho fruto y seáis así mis discípulos” (Jn. 15:8); y el fruto es del Espíritu, que no es otro que la gloria que los hijos de Dios se van prodigando entregándose unos a otros al amor, al gozo, a la paz, a la paciencia, a la benignidad, a la bondad, a la fidelidad, a la mansedumbre y al dominio propio (Gal. 5:22-23). Esa abundancia que tiene su razón de ser en la Iglesia del Señor, proviene de la gloria que Cristo ha recibido del Padre, nos ha transferido a nosotros, y nosotros al poner de manifiesto el fruto del Espíritu, que es la manera de transferir mutuamente la gloria de Dios, estamos remitiendo esta gloria al Padre, porque en esto, precisamente en esto, El es glorificado.

Con respecto a Dios, esta gloria no sufre variaciones. Es la gloria que el Señor tuvo “antes que el mundo existiese” (Jn. 17:5). Pero en cuanto llega a nosotros para transferírnosla y remitirla al Padre, no es que la gloria se reduce, sino que la recibimos de acuerdo a nuestro nivel espiritual, de acuerdo a nuestra capacidad de recepción. No podemos recibir más que la que nuestro desarrollo hacia la plenitud de la estatura de Cristo permita (Ef. 4:13).

Y como queremos crecer para que podamos dar mucha gloria a Dios, es por lo que nos disponemos a ensanchar nuestros corazones para recibir más cada día, en un progreso que ha de llegar a la abundancia de la gloria postrera, que al final de los tiempos ha de resplandecer en la Iglesia.

El fin de la obra de Dios en nosotros es glorificar al Padre como Cristo le glorificó: “Yo te he glorificado en la tierra; he llevado a término al obra que me diste a realizar” (Jn. 17:4).

A fin de cuentas este fue el motivo principal que nos llevó a poner en práctica lo que el Espíritu Santo indicó a los primeros cristianos, y ellos obedecieron, viviendo juntos, y teniendo todas las cosas en común (Hch. 2:44): que Dios fuera glorificado. Habíamos sido enseñados muy poderosamente acerca de darle la gloria a Dios. Y si comíamos o bebíamos o hacíamos cualquier otra cosa, todo era para este fin (1Cor. 10:31).

Además el texto con el que se encabeza este capítulo sigue con: “Para que sean uno”. Es decir: “Y yo les he dado la gloria que me diste PARA QUE SEAN UNO” (jn. 17:22). Y no hay manera más práctica de ser uno que el vivir en la misma casa.

La gloria que Cristo recibió del Padre nos la dio con el propósito de que fuéramos una sola cosa. Esto no puede quedar en una sola teoría. Esto había que ponerlo en práctica. Porque al fin y al cabo la doctrina no es lo que se lee, sino lo que se vive. Esta fue la conclusión que sacó el procónsul de Chipre al ver actual a Pablo con una doctrina que había pasado de la cátedra a la calle (Hch. 13:12). Esta también fue nuestra conclusión.

Cuando nos decidimos a vivir juntos estas 60 personas que explicamos en el capítulo anterior, éramos concientes que la gloria del Señor tiene un precio. Era una gloria dada, regalada

por el Señor, pero tiene el precio del sufrimiento de la carne que aún llevamos pegada a nuestra textura espiritual. Si fuéramos totalmente espirituales no sentiríamos el sufrimiento, puesto que el espíritu siempre está dispuesto, pero la carne es débil (Mat. 26:41). Si fuéramos totalmente carnales, no nos expondríamos al sufrimiento de nuestra carne; pero ahora que vamos camino a la plenitud del Espíritu anhelamos alcanzarla, sabiendo que nuestra carne ha de sufrir para la gloria de Dios.

Así que no nos sorprendimos cuando el sufrimiento vino, este sufrimiento descrito en el capítulo que antecede y que de forma más detallada se va a describir en este. Estábamos decididos a vivir piadosamente, y éramos concientes de lo que Pablo dice: “Todos los que quieran vivir, piadosamente en Cristo Jesús, padecerán persecución” (2Tim. 3:12). Porque Cristo fue recibido arriba en gloria (1Tim. 3:16). Y de esto se trataba, de vivir una vida cuyo objetivo final fuese la gloria de Dios, esa gloria que Cristo tuvo, dada por el Padre, que nos transfirió a nosotros, que nosotros la compartimos unos con otros, y que por último vuelve al Padre, así como Cristo fue recibido en su maravillosa ascensión a los cielos.

Y el precio de la gloria no se hizo esperar.

Cuando ingresamos las 60 personas en aquel campo de 13 hectáreas tuvimos que hacerlo campo a través, pues todos los caminos que llevaban a él estaban inundados. Había llovido copiosamente durante todo el año. Santa Fe se inunda fácilmente, pero aquel año fue por demás.

A un kilómetro de distancia de la ruta, tuvimos que transportar todos los pueblos, atravesando campos vecinos sobre un piso de barro muy resbaladizo. Respiramos muy hondo cuando terminamos la operación traslado. Fue un aprendizaje que debíamos hacer, pues el barro y el agua nos acompañarían por un tiempo. Después, más tarde, bajó la inundación y pudimos arar, sembrar y cosechar.

Sin embargo, cuando llovía, y esto sucedía a menudo, sobre todo en invierno, nuestros hijos que iban a la escuela en la ciudad, y el pastor Daniel García que trabajaba en el Banco de Londres, tenían que caminar el kilómetro de barro que nos separaba de la ruta, pues cuando llovía no había vehículo que pudiera transitar por aquellos caminos. El viejo tractor que teníamos no podíamos usarlo, pues estropeaba el camino con sus enormes ruedas. Teníamos un caballo al que llamábamos Barroso, quizás porque sabía caminar en el barro, que arrastraba un pequeño “sulki”, pero a veces se quedaba en el camino por lo pegajoso del suelo. La mayoría de las veces, los chicos y Daniel hacían el trayecto a pie, a oscuras por lo temprano que debían salir de casa, afrontando viento y lluvia que inutilizaba los paraguas que los enfrentaban.

Años más tarde preguntamos a nuestros hijos si se acordaban de aquel tiempo, y nuestros hijos nos contestaban que gustosamente volverían a pasar por aquellas aventuras. Cuando las cosas se hacen para la gloria de Dios, los inconvenientes contribuyen a la alegría.

Yo mismo, personalmente, saco conclusiones. Cuando caí en la trampa del enemigo, haciéndome creer que Dios me había abandonado, no fue por el cúmulo de dificultades que trían sufrimiento a la carne, sino por el temor de habernos equivocado. Los sufrimientos que son consecuencia de una vida piadosa nos hacen transitar de lo carnal a lo espiritual.

A las dificultades inherentes a una comunidad numerosa, y a los problemas climáticos que nos veíamos sometidos se añadía una dificultad más: la económica.

El campo no producía lo suficiente. Y solamente contábamos con dinero en el tiempo de la cosecha. Mientras tanto, las 60 personas debíamos vivir del sueldo que percibí Daniel en el banco, y del sostén que la Iglesia de Quilmes ejercía para mí. Pero el ingenio de las hermanas venía a

suavizar y a solucionar el problema. Había una hermana que no vivía en el campo, pero venía todos los días a dirigir la cocina, y ella inventaba comidas como por ejemplo: zapallito relleno de zapallito, berenjena en todos los estilos que nos llenaban el estómago, aún cuando este nos pedía, de vez en cuando, un cambio de menú.

Recuerdo que uno de los jóvenes, después de pasar por aquella dieta exclamó en un suspiro:

-¡Tengo unas ganas de morder algo!- Haciendo alusión a la falta de carne que había en nuestra comunidad inserta en un país donde la carne abunda.

Parece que el Señor escuchó aquel suspiro. Pues a pocos metros de donde estábamos viviendo había un Club de cazadores que para divertirse mataban palomas a tiro de escopeta. A nosotros no nos gustaba aquella práctica. Pero Dios la utilizó para bendecirnos, pues un día el encargado del club nos dijo si no nos ofenderíamos si nos regalaban las palomas que mataban. No hubo necesidad de consultar. Dijimos un: “Por supuesto que no”, unánime. Y allí estábamos dos veces por semana pelando palomas que luego comíamos con mucha gratitud.

Esto, unido al ingenio de las hermanas que sabían estirar la manteca y la mermelada sobre el pan en el desayuno, y otras ingeniosas prácticas más, hacían que nos mantuviéramos contentos y agradecidos por el pan nuestro de cada día.

Pero quizás sea interesante describir la práctica que tenían las hermanas en hacer durar la mermelada y la manteca, quizás se pueda incluir en una clase de economía doméstica.

Generalmente preparaban el desayuno dos jovencitas. Una tomaba el pan y extendía la mermelada sobre el mismo, y la otra lo tomaba y con otro cuchillo lo sacaba, lo mismo hacían con la manteca, y así el pan quedaba untado pero siempre tenían sobrante para otro pedazo, con el cual se procedía de la misma manera.

Ahora, cuando todas estas privaciones del pasado, agradecemos a dios haber pasado por estas dificultades, y agradecemos a Dios porque ya han terminado. Sin embargo, todos los que pasaron por el campo dicen que están dispuestos a ir a la Patagonia a vivir si es necesario en peores condiciones, pues con ello se forja un corazón firme y agradecido.

No pretendíamos vivir para nosotros mismos a fin de que nuestro crecimiento espiritual solamente se operara en el interior de nuestra comunidad, sino que tratábamos también de bendecir a los demás. Ya había pasado el tiempo de estar reclusos para aprender a conocer a Dios y entender que lo más importante es el culto que podamos ofrecerle. Esto ya lo habíamos aprendido.

Se trataba de hacer conocer el mensaje de salvación a otros. Y organizábamos salidas desde el campo a la ciudad para repartir folletos y predicar por las calles y las plazas de Santa Fe. Conseguimos una carpa y la instalamos en un barrio de la ciudad; a consecuencia de esta evangelización, hoy existe un edificio que reúne a los hermano de la iglesia en la ciudad de Santa Fe.

Por las cercanías del campo, pero ya en plena ciudad, la gente nos iba conociendo. Y no tan solamente la gente, pues ocurría una cosa muy curiosa. Cuando pasaban por cierta calle, algunos de los jóvenes que repartían folletos, un loro que estaba en el patio de la casa, cuando los veía, gritaba: -¡El pastor!

Eso era motivo de comentarios risueños que abundaban en la vida de la comunidad.

En esa puesta en práctica de bendecir a los otros, acogimos en nuestro medio a un joven de vida muy atribulada, pero que necesitaba el cuidado de gente que lo amara.

Tuvimos algunas alegrías con este muchacho que había estado muchos años en la cárcel por homicidio. Nadie lo quería, y vino a parar junto a nosotros.

Fue liberado de muchos demonios, pero nunca se convirtió. Cuando era liberado andaba un tiempo bien, pero luego como indica el Señor, siete demonios peores venían y encontraban la casa barrida y adornada, y el estado último era peor que el primero (Mat. 12:43-45).

Una vez, en uno de los buenos períodos que atravesaba, nos confesó a mi esposa y a mi que se pasaba las noches frente a la cama de mi hijo mayor, cuando éste dormía, y se hacía la pregunta: “¿Lo mato o no lo mato?”. Esto fue confirmado por otro joven que dormía en la misma habitación, que vigilaba cada noche para intervenir pues temía las intenciones de este conflictuado muchacho. No pasó nada. Pero nunca fue lleno del Espíritu Santo, y los espíritus inmundos venían nuevamente sobre él cuando estaba tranquilo.

Al final se fue. Nos dijo entre sollozos que sabía que lo mejor para él era convertirse, pero no quería. No que no podía, sino que no quería.

Supimos de él años más tarde que estaba preso en la cárcel de Santa Fe por otro homicidio.

Desplegamos sobre él todo el poder que Dios nos había concedido. Le predicamos hasta la saturación. Pero allí estaba una voluntad dispuesta a no rendirse.

El lado positivo de este negativo suceso es que aprendimos que no hay liberación si no hay conversión, pues la garantía de cerrar la puerta al enemigo es que el Espíritu Santo more en el individuo. Y esto sucede en la soberana voluntad de Dios, y como un misterio que sigue siendo, en el ejercicio del albedrío del hombre.

Pero Dios guardó a nuestro hijo. Y lo sigue guardando hasta hoy. Y confiamos que lo guardará hasta su vejez, o hasta que el Señor venga.

Nos asustamos, pero ya pasó.

Los dos años en que con mi familia vivimos allí, coincidieron con la convulsión terrorista que vivió la República Argentina, cuando la guerrilla, por un lado, cometía sus desmanes, y las fuerzas armadas la combatían.

Un día nos pegamos un susto. Estábamos con otros hermanos en la ciudad y vinieron a avisarnos que el ejército había cercado nuestro campo, y estaban a punto de asaltarlo en una operación antiguerrilla. Fuimos velozmente hacia allá, y nos encontramos a todos tranquilos. No había ejército, ni había guerrilleros. Un susto, solamente un susto a los que Satanás nos tenía habituados. Aprendimos muchas cosas, entre ellas supimos que el diablo está controlado por el Señor.

A los que quieren vivir piadosamente les suceden estas cosas. Así se hace la obra de Dios. Y cuando estas experiencias y muchas otras tienen el propósito de glorificar a Dios, somos transformados de gloria en gloria en la misma imagen como por el Espíritu del Señor (2Co. 3:18).

CAPITULO IX: LA OBRA MISIONERA

En el capítulo IV de este volumen hemos relatado el comienzo de la obra misionera, en ensueño que tuvimos simultáneamente mi esposa y yo, que dio origen a la Iglesia que comenzó a funcionar en Inglaterra, luego en España, después en Francia y hasta el momento en Gales, teniendo en cuenta la proliferación de nuestras congregaciones en Argentina y una muy chiquita en Andorra, pequeño país que está entre España y Francia.

Esta obra misionera está en pleno desarrollo, pues ya hay palabra del Señor de establecer congregaciones en India y en África.

Pero lo que no hemos perdido de vista es que el Señor nos indicó desde un principio que todo comenzaría con cosas muy pequeñas.

Es así que cuando en el año 1970 fuimos encomendados por algunas Iglesias de Buenos Aires al viaje tentativo, que por cinco meses hicimos hacia Europa, entre las “profecías” grandilocuentes que recibimos, en el sentido de que íbamos a realizar grandes cosas, que éramos “grandes” siervos de Dios metidos en una obra de proporciones gigantescas, vino hacia nosotros, después que se hubieron terminado las profecías, un siervo de Dios que nos tomó aparte y nos dijo:

-Yo os voy a dar la Palabra del Señor. Todo lo que habéis recibido hasta ahora han sido buenos deseos. Los hermanos os aman y quieren lo mejor para vosotros. Pero eso no es la palabra de Dios. Olvidaos de lo grande y de las grandezas. Yo os doy la palabra: haréis cosas muy pequeñas. Pero no os desaniméis por eso, porque Dios hace crecer la más pequeña semilla. Todo lo pequeño que realizaréis en el nombre del Señor crecerá a su tiempo.

Al comienzo de esa palabra, debemos confesar, que quedamos decepcionados, pues nos había alegrado mucho creer que éramos “grandes” y que íbamos a hacer “grandes cosas”. Pero Dios, con los hechos, nos vino a confirmar que su palabra, en efecto, era la palabra que nos acababa de dar aquel siervo de Dios, cuando finalizaron las “grandes” profecías que no eran otra cosa que palabras de ánimo.

Años más tarde Dios me hizo meditar en un conocido texto en el Salmo 126:6 la veracidad de aquella palabra que al principio nos decepcionó:

“Irá andando y llorando el que lleva la preciosa semilla; más volverá a venir con regocijo trayendo sus gavillas” (Salmo 126:6).

Dos características tiene la obra misionera que forma parte importantísima en el reino de Dios, y que es la expresión más cabal de su entendimiento. Esas características son: la primera su pequeñez; y la segunda su dolor o tristeza. Y cuando decimos tristeza nos estamos refiriendo a la tristeza que es según Dios, la que produce arrepentimiento para salvación (2Co. 7:10).

Su pequeñez es tal que se compara a la más pequeña de las semillas de cualquier vegetal (Mar. 4:31), pero después se hace árbol grande (Mat. 13:32). Esta fue la semilla que se implantó en el vientre de la bienaventurada virgen María, por el Espíritu Santo, que después de venir a la luz del mundo terrenal creció en estatura, en gracia y en sabiduría para con Dios y los hombres (Luc. 2:52), y fue el portador del reino de Dios a la tierra, cuyo mensaje encomendado a sus discípulos fue: “El reino de los cielos se ha acercado” (Mat. 3:2), porque había llegado El, no en una gigantesca nube de gloria, ni montado en un blanco corcel, sino en una pequeña semilla del

Espíritu de Dios, capaz de hacer concebir un vientre de mujer que no había conocido varón (Mat. 1:25).

Allí también tenemos a David el hijo de Isaí, buscando por Samuel entre los grandes de su familia, y elegido por ser el más pequeño, al que le cupo el honor de que al Hijo de Dios se le llamara el Hijo de David (Mat. 12:23).

Es que ya lo dijo el Señor: “El que es más pequeño entre vosotros, éste es grande” (Lc. 9:48), porque así es el reino de Dios, como una semilla de mostaza.

Ahora, pasados los años, y viendo la obra misionera en su desarrollo, amos gracias a Dios por esa palabra que al comienzo nos decepcionó; pero ahora celebramos que Dios nos hizo hacer las cosas con una buena dosis de humildad. Todo comienza en lo pequeño y humilde, pues esta es la llave del crecimiento y la grandeza: “El que se humilla será enaltecido” (Lc. 18:14).

La segunda característica de la obra misionera, en su función del entendimiento del reino de Dios en todo el mundo, es el dolor que produce cuando se va sembrando la semilla. El salmo es bien claro en esto: “Írá andando y **llorando**”.

Quizás pudiéramos hablar de una tercera característica que es la de andar, vale decir, que la obra misionera no se puede extender si no se viaja. Pero no la uso como característica de este relato, porque eso ya lo habíamos entendido, y por eso íbamos, por eso viajábamos. Con lo que no habíamos contado era con la pequeñez, la humildad de ese servicio a Dios. Y el dolor que nos produciría cumplir con el mandato de ir por todo el mundo predicando el evangelio a toda criatura.

Cada misionero tiene numerosas experiencias que contar de sus lágrimas vertidas en honor a quien sirve. Yo tengo las mías cuyos relatos he venido haciendo en el transcurso de esta narración. Aún hoy sigo llorando porque sigo andando y sembrando. Pero cada vez, en cada etapa, en el descanso del obrero, en cada alto en el camino hay regocijote traer las gavillas. La semilla se transformó en espigas, en un montón de ellas. ¡Ha valido la pena! .

Y la tristeza se ha tornado en gozo. ¡Se vuelve con alegría! En el ensalzamiento de lo que se ha empezado con humildad.

El ejemplo central de todo esto es el triunfo del crucificado. Humilde, despreciado, pequeño en el concierto de la civilización de su contemporaneidad; pero grande en todo el ámbito del universo físico y espiritual. Dolorido, experimentado en quebranto, pero llenado de gozo el cielo por pecadores que proceden al arrepentimiento a los pies de su cruz, y completando el gozo de los que le han seguido.

Los primeros resultados de la obra misionera que confirmaron aquella palabra profética, nos animaron mucho.

Pasaron 5 años. Ya habíamos ido dos veces más a Europa, la obra se había consolidado, y las demandas de asistencia ministerial también crecían.

En ese tiempo estábamos recién salidos del campo en Santa Fe donde funcionaba la comunidad de 60 personas que vivían juntos. Allí había quedado el pastor Daniel García al frente de la comunidad. Nosotros vivíamos en Quilmes.

El llamado macedónico se hacía cada vez más insistente de allende el Atlántico. No nos atrevíamos a movernos únicamente por necesidad. Necesitábamos, como siempre, poner fe en la palabra de Dios, que por el momento no venía.

Pero una mañana alguien se despertó iluminado:

Mi familia y yo, junto con la familia del pastor Rubén Naranjo, debíamos ir a España por lo menos por cuatro años. La Iglesia de Quilmes no quedaría sin pastores, puesto que el pastor Daniel García con su familia vendría a pastorear la Iglesia en Quilmes, en tanto el pastor Carlos Juailer que habitaba cómodamente en su casita recién acondicionada, pasaría a vivir en la comunidad que dejaría Daniel García. Como esto dejaría la Iglesia de Santa Fe sin pastor, el pastor Osvaldo Pasquet, con su familia, se trasladaría de Quilmes a Santa Fe.

Esto nos fue dicho a la tarde de aquella mañana de inspiración. Pero había varios obstáculos que sortear. Uno de ellos era ¿El pastor Carlos Juailer aceptaría dejar su cómoda casa, para vivir casi hacinado en la comunidad del campo?. Se atravesó el obstáculo. El y su familia dijeron que sí.

Otro obstáculo era el siguiente: ¿Aceptaría el pastor Daniel García dejar su empleo lleno de futuro en el Banco de Londres?. También dijo que sí.

Y había un tercer obstáculo: ¿Dirían que sí Pradas y Naranjo de lanzarse a la aventura de lo desconocido, sin el sostén económico de una Iglesia Argentina que tenía muy buena voluntad, pero pocas posibilidades en esa área?. También dijeron que sí.

Y dijeron sí porque entendieron que no era un buen propósito solamente a favor del entendimiento del reino de Dios. Dijeron sí, porque entendieron que la idea de aquella mañana luminosa era la palabra de Dios que hacía falta para la necesidad de aquel llamado macedónico que se nos venía repitiendo año tras año.

Mi hija Nuria y mi yerno Emmanuel ya estaban en Europa, el pastor Daniel Palmadessa con su familia también estaban allí. Necesitaban ayuda; la demanda en Europa era muy fuerte.

La iglesia de Francia todavía no estaba establecida.

Fue en unas vacaciones que íbamos a tener en Inglaterra en el verano de 1978. Pasamos a saludar a la tía de mi yerno, a la que hoy llamamos “la Madriña” en una ciudad a 20 kms. al sur de París. La ciudad se llama Les Ulis. Había, visitando a “la Madriña”, una o dos familias de creyentes ansiosas del mover del Espíritu Santo. Conversamos, oramos, alabamos al Señor, y con ese grupo de gente hambrienta de Dios se formó la Iglesia que hoy se está desarrollando en esa ciudad, y que ya se expande por el centro de Francia y la región de Bretaña.

Dios es maravilloso. No hubo una palabra previa. Pero ya habíamos conocido a esta altura de nuestro ministerio, los deseos del corazón de Dios. Y Dios aprobó que estableciéramos su reino en aquel lugar.

En los próximos tres capítulos nos referiremos especialmente a la obra en España, la nación que Dios utilizó para que extendiéramos su obra en Europa.

Hemos titulado este capítulo “La obra misionera” aún cuando específicamente nos hemos referido a Europa, pero en este mismo tiempo la Iglesia se iba proyectando desde Quilmes al interior de Argentina.

Ha venido palabra de Dios para extendernos a los países limítrofes. Hemos hecho algunos intentos, pero hasta ahora la obra no ha salido de las fronteras terrestres de esa nación que amo.

CAPITULO X: EL CULTO ESPIRITUAL

En lo que concierne a España, referiremos lo acontecido desde que pusimos los pies en esa nación como misioneros, antes de que sucediera lo que hemos referido en el capítulo anterior.

Desde la Iglesia de Quilmes la obra misionera se extendió a España, donde fuimos en el año 1970 con mi familia.

La Iglesia que el Señor nos mandó establecer en España fue en la ciudad de Barcelona. Y tiene tres etapas bien marcadas.

La primera: su fundación.

La segunda: su confirmación.

La tercera: su crecimiento.

Su FUNDACION su hecha en el año 1971, cuando después de cinco meses de estar en el país, volvimos a Argentina y dejamos a cinco hermanos alabando al Señor en la casa de Evaristo Rubio. En su planta baja este hermano había tenido un bar antes de convertirse, y ahora lo había destinado a lugar de cultos.

La Iglesia se formó bajo unas circunstancias un poco tristes, y que nuestra falta de experiencia hizo que las cosas no salieran demasiado bien.

De los cinco meses vivido en Barcelona, cuatro de ellos los pasé predicando 3 días por semana en una congregación de aproximadamente diez personas que crecieron hasta más de 60 en pocos días. Esa congregación estaba totalmente exenta de vida espiritual, y el mensaje que Dios trajo en ese momento fue de un notable avivamiento, que se transformó en la separación de algunos hermanos que en nuestra ausencia querían seguir recibiendo lo que evidentemente desapareció con nosotros.

Vale decir, como para suavizar nuestra “mea culpa”, que aquel tiempo de renacer carismático, enfatizado en la alabanza al Señor, produjo bastantes separaciones. Esa fue una de ellas.

Estuvimos mucho tiempo lamentando lo sucedido, e indicando, especialmente a cinco hermanos, que no dejaran la congregación, pero ellos no nos hicieron caso, y se reunieron por su cuenta para alabar a Dios en la forma que les habíamos enseñado, y que les fue vedada enseguida que nos fuimos.

Quizás no fuimos lo suficiente éticos, pero ellos nos requerían desde Barcelona, cuando ya nosotros estábamos en Argentina, que la ministrásemos, que les enviásemos casetes con los cultos que se hacían en la Iglesia de Quilmes y los sermones que en ella se predicaban.

Estábamos en una encrucijada: atender su petición, o dejarles que hicieran por su cuenta lo que muchos grupos hacían por la suya en aquel tiempo. Optamos por lo primero, pues estábamos decididos a no regresar al lugar donde les era cortada la libertad de adorar a Dios en espíritu y en verdad (Jn. 4:24). El tiempo nos indicó que hicimos bien, pues la nueva iglesia que comenzó en el antiguo bar creció y se multiplicó.

Y poco tiempo después, al cabo de dos años quizás, el pastor que había cortado la libertad de alabanza en la Iglesia donde ministramos durante cuatro meses, se volvió a Suecia, pues era un misionero sueco. Y allí en su país el Señor lo tocó y le mostró el camino de la adoración y la alabanza. Al poco tiempo vino expresamente a Barcelona para encontrarse con nosotros y compartir con gozo su comunión y su libertad de saltar en los atrios, y de entrar con recogimiento al Lugar Santísimo.

Hoy, con esa congregación, hay una unidad notable en plena comunión fraternal. Las dos iglesias crecieron y se multiplicaron.

La etapa de su CONFIRMACION ocurrió dos años después de su fundación: en el año 1972. En ese año mi madre pasó a la presencia del Señor. Pocos días después de su deceso viajé nuevamente a España. Saqué un billete para poder estar solamente 40 días.

Durante los dos años de nuestra ausencia del viejo continente habíamos enviado una gran cantidad de cultos y sermones. A su vez esos cinco hermanos fieles y constantes nos enviaban, grabado en casetes, todo lo que sucedía en los cultos que ellos celebraban. Evidentemente tenían mucha libertad. Al escuchar los casetes se nos antojaba que tenían “**demasiada**” libertad.

Cuando llegué y asistí al primer culto que estos cinco hermanos celebraban, sentí un gran remordimiento en mi conciencia. Lo que yo les había enseñado se había transformado en un culto carnal, quizás psicológicamente aprobado para liberarse de inhibiciones, pero no era algo que pudiera glorificar a Dios. Yo les habíapreciado mucha veces que si bien Dios estaba en el silbo apacible (1Re.19:12-13), también la voz de su pueblo que lo aclama es como el estruendo de muchas aguas (Ez. 42:3 y Ap. 14:2). Pero aquello no era ni una cosa ni la otra. Ni aún los momentos de silencio llevaban a la adoración, aunque esos momentos eran pocos. Se exaltaban fácilmente, y cuando lo hacían era para golpear por donde y con qué les venía a la mano. Un hermano tenía un martillo con el que golpeaba la tarima donde estaba el púlpito. La esposa de él se lo escondía después que el culto terminaba para que en el próximo no lo pudiera encontrar, pero su hijito menor, cuando se iba acercando la hora de la reunión, lo encontraba, y se lo alcanzaba al padre, pues esto lo divertía.

Con todo: esto podía haber sido del espíritu, pero no lo era; era carnal.

Pedí perdón a Dios por aquello. Nadie más que yo era el responsable de esa situación. Yo les había iniciado en la alabanza y me pareció haberlo hecho bien. Pero los hechos me estaban indicando lo contrario.

Me di cuenta que cada Iglesia, por pequeña que sea, necesitaba tener pastor. Aquello hablaba a las claras.

Traté de enseñar, volví a predicar sobre la alabanza en el espíritu; hablé de poner todo nuestro ser en ella, pero sobre todo enfatiqué que Dios desea recibir un culto espiritual (Rom. 12:1). Que no estaba mal todo lo que hacían, si fuera en el espíritu, que aquello era carnal, y que para pasar a ofrecerle un culto espiritual al Señor yo no tenía ningún método.

De todos modos traté de no desanimarlos demasiado con lo que estaban haciendo. Entendí que el culpable era yo, y que el que tenía que clamar a Dios era yo.

Y esto hice.

Los días iban transcurriendo más rápido de lo que yo deseaba. Nada en el culto cambiaba, y no tenía la sensación de que había obrado sin sabiduría. Solo quedaba arrepentirme y clamar a Dios para que pusiera remedio a aquella situación. Nunca entendí, como en aquel momento, el valor de las palabras de Pablo a los corintios: “Hágase todo decentemente y con orden” (1Co. 14:40).

La cosa se complicaba, puesto que me faltaba un lugar donde poder orar.

Me hospedaba en casa de unos tíos de mi esposa, los cuales no eran convertidos, y la pequeña habitación donde dormí era tan accesible a las demás dependencias del departamento que me quitaba la libertad de mi clamor. Pero por otro lado no quería incomodar a la familia.

Pero debía orar.

Me di cuenta que no tenía por qué preocuparme. La ciudad de Barcelona tiene suficientes parques y plazas donde yo, en aquellos días que faltaban para mi regreso, podía volcar mi corazón al Señor.

Y utilicé cada parque, cada banco que había en ellos, cada árbol que podía cobijarme, para pedirle al Señor que pusiera orden en aquel grupito de hermanos que habían equivocado la senda de su gloria en la Iglesia.

Cada vez que llegaba el culto, por las noches, pues nos reuníamos cada noche para aprovechar bien aquellos cuarenta días, era una nueva frustración. El Señor no respondía y yo seguía haciendo las cosas mal.

Hasta que un día, faltando una semana para mi regreso, debajo de un cierto árbol de un cierto parque, sentí en mi espíritu que la respuesta había llegado.

Llegó la noche y fui al culto lleno de esperanza y fe.

Sólo faltó empezar. Los ángeles se asomaron por las ventanas de aquello que había sido un bar. Ahora sí, ahora ya era la Iglesia, pues por primera vez un culto espiritual se tributaba al Señor que es digno de suprema alabanza.

El martillo que se utilizaba para golpear la tarima desapareció, el silbo apacible se hizo manifiesto y el estruendo de muchas aguas ya provenía del río de Dios.

Ese momento fue glorioso. Llegué a Argentina, donde compartí mi gozo, y desde donde comenzaron a cubrir, ya no con aflicción, sino con contentamiento, aquella primera Iglesia que se había formado en España.

El CRECIMIENTO no se hizo esperar. Pasaron tres años y volvimos a España. Por aquel entonces ya había establecido la Iglesia en Emsworth (Inglaterra); una iglesia que creció sin tantas dificultades, porque tenía pastor.

Pero nos ocuparemos del crecimiento de esa Iglesia de Barcelona, o mejor dicho, de Badalona, que es una ciudad que linda con la capital de Cataluña, pues fue allí donde ocurrió todo lo que vengo explicando.

De nuestro viaje último trajimos con nosotros a dos jóvenes para prepararlos como obreros del Señor en la Casa Bíblica de Quilmes.

Poco a poco iba creciendo la congregación, pero hubo necesidad de poner un pastor. Lo enviamos desde Argentina. Se sucedieron varios pastores, y la Iglesia fue marchando hacia su destino, creciendo y demandando cada vez más cuidados.

Tendríamos que escribir un libro aparte para explicar todas las cosas que el Señor fue haciendo a partir de aquel momento. No es nuestro propósito hacer esto en el presente volumen.

Diremos, eso sí, que a raíz de aquella fe, puesta en un sueño que el Señor nos dio a mi esposa y a mi, obedeciendo la indicación de ese sueño que lo entendimos como palabra de Dios, hoy, nacidas en aquella congregación que todavía funciona en aquella ciudad de Barcelona, pasados veinte años de nuestro primer viaje, hay siete iglesias que siguen el mismo derrotero de alabanza y adoración, mientras nuevas almas van entregándose al Señor.

Todo esto es muy poco. Anhelamos mucho más. Por esto hoy en todos los lugares donde el Señor nos permite levantar nuestra voz, hacemos un llamado a la obra misionera.

“Pero la tierra será llena del conocimiento de la gloria de Jehová, como las aguas cubren la mar” (Hab. 2:14). Y esa gloria que va a llenar el mundo pasará a través de la Iglesia; por esto la obra misionera necesita de fuerza arrolladora para romper e imponerse; pero después necesita el afianzamiento para un crecimiento espiritual.

Quizás no lo hicimos tan mal, después de todo, quizás el martillo fue necesario en el comienzo del establecimiento de la gloria allí. Quizás es bueno comenzar en la carne y terminar en el espíritu, no como los Gálatas que lo hicieron al revés.

Pero lo que no podemos perder de vista es que Dios requiere un culto espiritual. Y es necesario que todas las iglesias que se establezcan pongan la mira en el culto que imprescindiblemente debemos ofrecer al Señor.

En un libro que si Dios quiere verá la luz pronto, se explica cómo en los “cinco puntos fundamentales de la visión que Dios da a la Iglesia” lo primero, el primer punto fundamental, es el culto que la Iglesia debe tributar al Señor. De ahí en adelante surgen todos los otros servicios que la Iglesia brinda la Todopoderoso y Único Ser Supremo que existe, porque según el mandamiento apostólico todo debe hacerse para la gloria de Dios (1Co. 10:31).

CAPITULO XI: LA SOBERANA INTERVENCION DE DIOS

En este capítulo nos ocuparemos en desarrollar lo concerniente al crecimiento en esa Iglesia en España, en la ciudad de Badalona donde comenzó la obra que el Señor nos encomendó realizar en esa nación.

Diez personas procedentes de Argentina, a fines del año 1976, nos fuimos a radicar a Barcelona. Ya había dos locales que funcionaban para reunión de los hermanos que nos dedicábamos a dar culto al Señor y alternábamos este servicio haciendo actividades evangelísticas, como la mayoría de las iglesias llevan a cabo.

Un local estaba en la ciudad de Barcelona y el otro en Badalona, al cual ya nos hemos referido, y que es una ciudad más pequeña que la primera, colindante ambas. Así que podemos decir que la misma congregación se reunía en dos lugares distintos.

A pesar de las actividades evangelísticas que desarrollábamos, no obteníamos ningún resultado de crecimiento numérico en la iglesia.

El desaliento ya hacía mella entre los diez que habíamos llegado procedentes de Argentina, y los cinco que se habían incorporado en el comienzo de la iglesia. Junto a esta dificultad se añadía otra. La financiación de la obra misionera en Europa.

No era demasiado fácil encontrar trabajo. Pero ya habíamos aprendido que las dificultades en la obra del Señor siempre dan paso a bendiciones mayores. Y esta vez sucedió de la misma manera.

El salario que yo recibía de Argentina no era suficiente ni siquiera para la manutención de mi propia familia.

Pero un día, a mi hija menor que en este tiempo tenía catorce años le habían regalado en Argentina un muñequito relleno de aserrín, que era muy gracioso. Alguien de otra congregación lo vio y le propuso a mi hija si se animaba a hacerle 100 muñecos como aquel para regalar en un campamento juvenil que se iba a realizar en pocos días. Montse, que así se llama mi hija, nos consultó y se animó a hacerlo. Mi esposa, que siempre está dispuesta en cualquier trabajo de costura la ayudó. Hicieron los 100 muñecos, le pagaron por aquella actividad. Y desde ese momento comenzó un pequeño taller para la fabricación de varios modelos de muñecos que rellenábamos al principio con arena, y después con aserrín de corcho. El pequeño taller fue agrandándose y ese fue el medio que Dios utilizó para financiar la obra misionera que estábamos desarrollando en Europa, y que desde Argentina era imposible sostener económicamente.

Pero la iglesia seguía sin crecer en número. Y eso nos preocupaba. Le dábamos la culpa al materialismo imperante en España y a la indiferencia que, en verdad, todavía son las características con las que tropieza la obra misionera allí. Pero Dios se sigue especializando en lo imposible. Tuvimos forzosamente que acordarnos de lo que le dijo Dios a Abraham ante la risa de Sara: “¿Hay para Dios alguna cosa difícil?” (Gen. 18:14). Esa seguridad que teníamos nos evitaba el desmayar.

Hacíamos todo cuanto sabíamos en cuanto a evangelización. Pero sin ningún resultado visible.

Sin embargo, estábamos seguros que Dios respondería a las oraciones que elevábamos continuamente al trono de su gracia a favor de la salvación de los pecadores de aquella zona en que estábamos afincados.

Dios, de momento, no respondía. Ni una palabra profética que nos diera una esperanza venía a ningún labio.

Aprendimos a esperar. Quizás pasaron 2 años sin que ningún resultado visible aconteciera. Pero lo que nos mantenía en el lugar era la nube de su presencia. Estábamos dispuestos a levantar el tabernáculo si la nube se movía, pero estando la nube sobre nosotros sabíamos que el propósito de Dios era tenernos en aquel lugar.

Por fin vino la palabra. Dios se comprometió con nosotros, y nos puso una condición.

Fue en un culto. En medio de las alabanzas que estábamos elevando al Señor.

Alguien oró con un verdadero clamor que hizo estremecernos, pidiendo al Padre, por favor, enviara almas a engrosar las filas de los pocos redimidos que había en aquel lugar. Pudimos percibir el estremecimiento de Dios ante aquella oración, pues todos fuimos conmovidos. Entendimos allí la diferencia que hay entre una oración habitual, y una oración de clamor, nacida de la angustia de una acuciante necesidad. Las cosas que atañen a la obra de Dios no hay que solicitarlas en un estado de moderación tímida. La justicia que Dios hará a sus escogidos es aquellos que es demandada con clamor de día y de noche (Luc. 18:7).

Por esto no nos extrañó que, después de aquel estremecimiento producido por la oración vociferada en súplica, sucediera, al poco, la intervención de Dios con una palabra profética.

No puedo transcribir aquella palabra textualmente. Pero si puedo expresar, con otras palabras, su contenido:

“Así dice el Señor:

“Yo he oído vuestro clamor. Y he visto vuestra paciencia y vuestra esperanza. Ahora yo voy a responder.”

Dentro de pocos días añadiré gente a mi Iglesia en esta congregación. Pero os impongo una condición. Algunos de vosotros que estáis aquí en Barcelona debéis ir a orar a la ciudad de Zaragoza, a la plaza del Pilar, y Yo añadiré a nuevos hermanos en esta zona donde estáis trabajando”.

Como he señalado, no es textual la transcripción de la profecía, pero no le falta ningún elemento de los que señaló el Señor.

A esa altura de nuestro caminar en el espíritu no podía sorprendernos una palabra así. Dios nos había demostrado en varias ocasiones que sus pensamientos no son nuestros pensamientos, ni sus caminos nuestros caminos (Is. 55:8). No obstante estábamos sorprendidos.

El culto terminó allí. La palabra había alentado a algunos y preocupado a otros. Así que hicimos lo que hacíamos siempre. Nos juntamos, al otro día, para poner delante de Dios la palabra recibida, esperando que el Espíritu Santo confirmara aquello, o nos lo hiciera clasificar como un buen deseo nada más, sin la autoridad de Dios.

Recordamos aquel día en Quilmes cuando los responsables espirituales de la Iglesia estábamos en la puerta del salón confundidos y asustados por los cantos de la congregación, precedidos del predicador que, tocando el acordeón, nos introdujera en la alabanza. Aquel día, gracias a Dios, tuvimos que decir: “Lo que sucede dentro del salón, aunque nos suena raro, es del Señor”. Y todos entramos, y hasta el día de hoy seguimos levantando nuestras manos tributando loores al Señor.

También hicimos así. Nos sonaba raro, extravagante, inadecuado. La ciudad de Zaragoza está a 300 kms. De donde vivíamos ¿Qué lógica nos asiste ir a orar allí, para que Dios obre aquí?

Otra vez, sus pensamientos no coincidían con los nuestros, ni sus caminos con nuestros caminos.

Debía prevalecer lo de Dios.

Y así fue. Obedientes y sumisos, tomamos el coche viejo de Evaristo, el primer hermano que encontré en Barcelona al comienzo de la obra misionera que Dios nos había encomendado, y con él y dos más nos fuimos a Zaragoza.

La plaza del Pilar es una plaza grande donde se levanta una basílica que es una joya arquitectónica entre las muchas que abundan en España.

En aquella plaza detuvimos el coche, bajamos de él, y nos pusimos a orar alabando al Señor en sumisión a lo que ya habíamos decidido que era la obediencia a su palabra.

Sólo en aquellos momentos sentimos claramente que la fe venía de nuestros corazones. Es que hasta aquel entonces no habíamos abierto el corazón ni el entendimiento para que la palabra produjera la fe que se necesita para hacer la obra de Dios. Habíamos alterado un poco los factores, habíamos puesto la obediencia delante de la fe, y habíamos puesto el temor de Dios en primer lugar. Pero no sentíamos haber hecho algún desaguizado al invertir el orden de los factores. Es que ya la fe, la obediencia y el temor de Dios se habían hecho una manera de vivir en nuestro caminar en la obra que estábamos realizando. Cuando la fe se debilita, la obediencia la socorre, y cuando la obediencia es asaltada por la duda, el temor de Dios viene en su auxilio para que los tres concuerden en lo que resultará para la gloria de Dios y bendición de su obra.

Normalmente, las tres virtudes deben seguir el orden que se establece en lo que hemos argumentado desde el principio, pero la vida espiritual sin ser excéntrica, a veces altera el orden habitual cuando se corre el peligro de ser ritualista en exceso, aplicando más la letra que el espíritu. Esto lo entendimos mucho después, cuando ya nos familiarizamos en las cosas que el Señor nos iba marcando.

No estuvimos muchas horas en la plaza. No recuerdo cuanto tiempo fue, pero no fue muy extenso. Volvimos gozosos, conscientes de haber obedecido a Dios, y con la plena seguridad que El cumpliría su palabra.

No se hizo esperar.

Fue a los quince días de haber ido a orar a Zaragoza cuando pudimos comprobar, una vez más, la fidelidad de Dios.

Los sábados teníamos culto en Badalona, la ciudad pegada a Barcelona, la capital de Cataluña.

La hora del culto era a las 7 de la tarde. Era un sábado más donde nos encontraríamos los quince que formábamos aquella congregación.

El salón se encuentra en un extremo de la calle. Nosotros, los que vivíamos en Barcelona, siempre llegábamos unos pocos minutos antes de comenzar el culto, y doblábamos la esquina opuesta. Aquel sábado al hacerlo, vimos a la distancia una pequeña multitud enfrente de nuestro local. Lo primero que nuestra mente pensó, es que alguien se había arrojado al vacío desde un balcón, o había ocurrido algún incendio.

Ni lo uno, ni lo otro.

Era la respuesta de Dios.

Un centenar de personas, invitadas por alguien que no conocíamos, estaban esperando para que abriera el local.

Lo abrimos.

Predicamos el evangelio.

Y cuarenta almas se entregaron al Señor, de las cuales la mayoría hoy están firmes en la congregación.

Fe, obediencia y temor de Dios.

Temor de Dios, obediencia y fe.

Tres cosas que se hicieron manifiestas:

Que no es con ejército ni con fuerza, sino sólo con SU ESPIRITU (Zac. 4:6).

“CLAMA a mí y yo te responderé, y te enseñaré cosas grandes y ocultas que tú no conoces” (Jer. 33:3).

“Aunque la visión está aún por cumplirse a su tiempo, se apresura hacia el fin y no defraudará, aunque tarde, ESPERALO, porque, sin duda, vendrá y no se retrasará” (Hab. 2:3).

Fue la soberana intervención de Dios. “A fin de que nadie se jacte en su presencia (1Cor. 1:29), y porque como él mismo dice “Yo soy Jehová; éste es mi nombre; y a otro no daré mi gloria” (Is. 42:8).

Por supuesto que pusimos de nuestra parte la fe, la obediencia y el temor de Dios. Pero cada uno de estos tres elementos provienen de El: por lo cual lo que nos resta decir es lo que encontramos en Lucas 17:10 “Siervos inútiles somos, pues hemos hecho lo que debíamos hacer”.

CAPITULO XII: EL FRASCO DE PERFUME

Después de ese crecimiento que describimos en el capítulo anterior, mi familia y yo regresamos a Argentina. Pero dos veces al año, alguna vez solo, otra vez acompañado de mi esposa, visitábamos las iglesias que ya estaban activas en Inglaterra, España y Francia.

En Inglaterra, en la ciudad de Emsworth, que ya he relatado, no solamente funcionaba una iglesia convencional, sino que ya tenía su Casa Bíblica. Es decir el hogar que hacía las veces de seminario, para la preparación de futuros pastores.

Entretanto, la Iglesia en España seguía creciendo, no al ritmo milagroso que hemos comentado, pero se iban añadiendo algunas almas, paulatinamente.

También se enriquecía con la conversión de jóvenes, a quienes el Señor llamaba al ministerio. Alguno de ellos era enviados a Argentina, otros a Inglaterra, a las respectivas Casas Bíblicas para crecer en el conocimiento de Dios y de su palabra.

Con aquel crecimiento vimos la necesidad de tener una Casa Bíblica funcionando en Barcelona.

En el tiempo en que los diez que vinimos de Argentina estuvimos en España, funcionó una incipiente Casa Bíblica en el pequeño departamento que usábamos en Barcelona para salón de cultos. Después pasó a otro pequeño departamento, cuando necesitamos ampliar el salón, y finalmente desapareció, enviando a todos, como expresé anteriormente, a Inglaterra y Argentina.

La inquietud acerca de la Casa Bíblica en España seguía aumentando y ya se hizo un tema de insistente oración.

En una de mis visitas a España, después del período de 4 años que estuve con mi familia allí, el tema de la Casa Bíblica estaba en una insistente vigencia.

Una tarde estábamos sentados en la casa del hermano Evaristo en Badalona. Éramos cinco o seis, y después de haber orado seguíamos comentando acerca de lo que entendíamos era una imperiosa necesidad: Casa Bíblica.

Alguien sugirió que debíamos buscar una casa en los alrededores de Barcelona y que ya Dios proveería los medios para comprarla. La conversación se fue animando y alguno de los cinco o seis que estábamos reunidos pensó en cierta zona donde había visto fincas rurales en venta.

Otro dijo:

-¿Qué hora es? Es temprano. ¿Por qué no vamos a averiguar?

La idea fue aceptada, y tres hermanos fuimos hacia aquella zona, en un paisaje de montañas boscosas que circundan la ciudad de Barcelona.

Allá fuimos. El más entendido nos llevó a una vieja casa en la montaña, donde había un hombre que trabajaba un huerto. Le preguntamos si aquella casa estaba en venta, y nos dijo que no, pero que había otra muy cerca de allí, también entre montañas, que le habían dicho que se vendía.

Nos dirigimos hacia aquel lugar. Y, efectivamente encontramos a los dueños: un matrimonio de alguna edad que nos pusieron precio a la finca que vendían, al pie de la carretera, dominando un paisaje verde y hermoso entre las colinas boscosas de pinos. La casa era muy grande. Había que hacerle algunas reformas, si queríamos destinarla a Casa Bíblica. Pero, además, tenía dos salones muy amplios que vendrían de maravilla para tener, tan solo en uno de ellos, los cultos de la mediana congregación, llegado el caso.

Saludamos a los dueños, nos despedimos y quedamos en que les contestaríamos cuando tomáramos alguna decisión sobre la posible compra del inmueble.

Regresamos a casa de Evaristo para darle el resultado de nuestra investigación, contentos por el hallazgo, pero tristes al enfrentarnos con la realidad de que no contábamos con el dinero que nos pedían. Lo cierto era que las arcas de la Iglesia estaban completamente vacías.

Aquella tarde, uno de los cinco o seis que nos habíamos reunidos en la casa de nuestro hermano, era un inglés perteneciente a la Iglesia de Emsworth, que nos estaba visitando en España.

En el comentario que hacíamos sobre la casa que este hermano extranjero no conocía, pues él era uno de los que nos había acompañado en la exploración, dijo de repente:

-Yo vendo mi casa en Inglaterra y podemos comprar esta finca.

Nos sorprendimos, y nos sobresaltamos. Y pasado el estupor entramos a calcular cuánto se podría sacar de la venta de la casa en Inglaterra para poder comprar la finca que habíamos acabado de ver.

No alcanzaba el dinero. Faltaban unos tres millones de pesetas.

A algunos se les vino el alma a los pies; otros insinuaron de pedir un crédito.

A esta altura de la conversación, el hermano Graham, que era quien había ofrecido la posibilidad de comprar la finca, trataba de calcular más aproximadamente lo que podría sacar de la venta de su casa. Pero los cálculos no salían.

- Será en otra ocasión –Creo que fui yo quien dijo esto-.

Ya se estaba acercando la hora del culto que se realizaba en el piso de debajo de donde estábamos conversando, y algunos hermanos ya estaban llegando. Siempre, antes del culto, alguno subía a la casa de Evaristo para alternar con los hermanos que habitualmente cambiábamos impresiones. Uno de estos hermanos que subió al departamento donde estábamos reunidos se llamaba, y aún se llama, Juan Solís. Se enteró de lo que estábamos hablando, y pudo notar que habíamos estado eufóricos, pero que en aquel momento nuestros ánimos estaban apagados.

-Yo también vendo mi departamento –exclamó con entusiasmo-.

Los cálculos que hicimos completaban, o casi completaban, lo que necesitábamos para comprar la finca.

Graham y Juan acababan de romper el frasco de perfume de nardo de mucho precio para ungir la cabeza y los pies del Señor, como había hecho aquella mujer en Betania.

Cuando algunos hermanos se enteraron de aquel despilfarro, no pensaron que lo que había que haber hecho era dar el valor de aquel frasco, (que eran las dos casas), a los pobres. Ni siquiera

pensaron eso algunos, sino que insinuaron, y aún trataron de que no pusieran en práctica la promesa, pues era, según su criterio, una necedad quedarse sin lo que había sido el esfuerzo de toda su vida. Pero el frasco ya estaba roto, y el perfume desde el corazón de ambos ya se estaba derramando. Llevarían a cabo, y así lo hicieron, lo que acababan de prometer en una tarde, que con absoluta seguridad, ya que estaba diseñada desde antes de la fundación del mundo.

Aquel día, sin embargo, no terminó así.

Acabó el culto y nos fuimos a nuestras casas, habiendo quedado de acuerdo en que, al día siguiente, concretaríamos la operación de compra de aquella finca que habíamos ido a ver.

Una vez en mi casa, después de aquella tarde llena de acontecimientos, sonó el teléfono. Al otro lado del hilo me habló una voz entrecortada:

-¡Papi! (nombre con el cual me llaman los que me conocen de muchos años). ¡Estoy asustado!.

Aun cuando la voz era entrecortada, reconocí a quién me hablaba. Era un joven padre de familia que se llama Paco.

-Me ocurrió algo muy raro –me dijo- y siguió hablando:

Me contó que aquella tarde estaba jugando al fútbol junto a unos jovencitos a quienes entrenaba, y de pronto sintió la necesidad de salir del campo de juego y tomar su coche. Una vez estuvo en el coche, (me seguía contando), lo puso en marcha y no sabía dónde dirigirse. Le ocurría que estaba conduciendo, pero no parecía que fuera él el que conducía el vehículo. Se dirigió a una zona montañosa en los alrededores de Barcelona cuando ya comenzaba a oscurecer, y de pronto detuvo el coche frente a una finca rural muy grande. -¿Puedes saber el lugar? –le pregunté.

Me dio la descripción del lugar y de la finca donde habíamos estado aquella tarde, unos momentos antes de que él llegara.

Cuando me hubo contado la ubicación del lugar, lo tranquilicé diciendo:

-Quédate tranquilo que en todo está la mano de Dios.

- Es que no he terminado todavía –me replicó.

Y me siguió contando.

Me dijo que no sabía la cantidad de tiempo que estuvo allí parado delante de aquella finca, y que después de un buen rato sintió que un pensamiento cruzaba su mente. Ese pensamiento era: “Lee en Zacarías 6:15”.

-Llegué a mi casa –me dijo- y leí el texto; pero no entiendo nada.

-¿Qué dice el texto? –le pregunté.

-Se lo leo –y me lo leyó.

“Y LOS QUE ESTAN LEJOS vendrán y ayudarán a edificar el templo de Jehová, y conoceréis que Jehová de los ejércitos me ha enviado a vosotros. Y esto sucederá SI ESCUCHAIS OBEDIENTES la voz de Jehová vuestro Dios”.

Después de escuchar el texto me invadió una gran confianza. Dios mandando a alguien que no sabía nada de lo que habíamos hecho aquella tarde, nos estaba demostrando que El estaba en aquel asunto.

Graham, el inglés, era uno de los que estaba lejos. Vivía en Inglaterra, y con el desprendimiento de su casa ayudaba a edificar lo que sería un templo, un lugar para glorificar a Dios, que esto es lo que son las Casas Bíblicas. Tranquilité aún más a Paco, y pudo notar a través del teléfono mi alegría.

La operación de compra tuvo solamente las dificultades inherentes a una operación de aquella embargadora. Pero finalmente se realizó.

Algunos jóvenes pasaron ya por sus aulas. Hoy está funcionando, aunque no a pleno como quisiéramos.

Graham y Juan con sus respectivas familias, dirigieron en el primer tiempo el Seminario. Les hizo bien el vivir compartiendo la misma mesa durante los dos primeros años.

Luego, Felisa, la esposa de Juan partió para estar con el Señor.

Desde estas páginas yo quiero recordarla como una mujer que Dios usó para ministrar con alegría, en medio de una larga enfermedad, a los jóvenes de Casa Bíblica y de la iglesia en Barcelona.

Actualmente hay dos Casas Bíblicas en Argentina, una en Inglaterra y ésta en España. Ha sido de esta manera como se han podido intercambiar estudiantes de diversas nacionalidades haciendo sus cursos en diferentes países. Jóvenes argentinos se han casado con chicas inglesas y viceversa, franceses con españolas y así alternativamente. Estos matrimonios no tienen más problemas que los otros matrimonios. Dentro de las dificultades que entrañan las relaciones conyugales, estas parejas también glorifican a Dios en su testimonio de que la Iglesia es universal y no tiene barreras raciales, ni de tipo nacionalista, pues cuando se unen en matrimonio saben que pertenecen a un reino indivisible que es el reino de Dios.

Si hay alguna excepción, que la hay, ésta confirma la regla de la unidad en la Iglesia del Señor.

Graham y Juan no se quedaron sin techo. El primero está en Inglaterra viviendo en es una magnífica casa al frente de jóvenes que buscan prepararse para servir al Señor.

Juan vive en otra magnífica casa en Argentina, también presidiendo a varios jóvenes en el mismo proceso de preparación para el ministerio.

No se quedaron en la calle, a pesar de los malos augurios de algunos cristianos carnales. Por encima de estos augurios está la palabra del señor Jesús:

“Y todo el que haya dejado CASAS, o hermanos, o hermanas, o padre, o madre, o mujer, o hijos, o tierras por mí nombre, recibirá cien veces más, y heredará la vida eterna” (Mat. 19:29).

CAPITULO XIII: NIÑOS Y ANCIANOS

Hace muchos años, cuando yo era muy joven, y por supuesto no era pastor, presencié algo en la Iglesia a la cual pertenecía, que me hizo poner en guardia para no cerrar mi corazón al sufrimiento del prójimo tanto en el aspecto espiritual, moral y material.

Una mujer de más de cuarenta años, al finalizar la reunión del domingo por la tarde, se acercó al pastor y le expuso su necesidad. Seguramente su necesidad abarcaba su espíritu y su alma, pero lo que ella expuso delante del pastor fue su problema material: necesitaba auxilio económico para su subsistencia.

El pastor, muy seguro de sí mismo, despidió a la mujer con las manos vacías diciéndole que en la Iglesia solamente se atendían problemas espirituales.

Me acordé, y tengo presente todavía, lo que dice Santiago en su epístola a la Iglesia universal:

“Y si un hermano o una hermana están desnudos, y tienen necesidad del sustento diario, y alguno de vosotros les dice: Id en paz, calentaos y saciaos, pero no les dais las cosas que son necesarias para el CUERPO ¿de qué sirve? Así también la fe, si no tiene obras, está muerta en sí misma” (Stg. 2:15-17).

Las obras sociales que eminentemente van dirigidas a la parte material y física del ser humano tienen un lugar muy importante en la doctrina de la Iglesia.

No ocupan el lugar más importante puesto que Cristo demostró con la sanidad del paralítico en Marcos 2 la prioridad de lo que afecta al espíritu sobre lo que afecta al cuerpo, junto a otras demostraciones que encontramos en la Escritura, que no es momento de señalar. Y aún más. Por encima de lo que afecta la vida espiritual está la gloria y el honor de Dios, lo cual es lo primero que hay que tener en cuenta para una vida cristiana normal.

En la obra de Dios, lo primero es tributarle honor y gloria, pues todo lo que El ha hecho, hace y hará, es A CAUSA DE SU SANTO NOMBRE (Ez. 36:22).

David dice claramente: “Confortará mi alma; me guiará por sendas de justicia POR AMOR DE SU NOMBRE” (Sal. 23:3).

En Ezequiel, Dios declara su supremacía. En el Salmo 23, un hombre de Dios también la declara.

Y esto es para que entendamos todos los creyentes; PERO QUE LO ENTENDAMOS BIEN, que primero, en todo, es Dios.

Luego es atendido el hombre en este orden: lo espiritual primero, por ser eterno, y lo material después, por ser temporal.

Pero este orden supera en mucho todo el bien que el hombre sin Dios pretende hacer a su prójimo. Si se ignora a Dios en las obras sociales, estas no tienen fuerza de la compasión divina, ni el poder de su omnipotencia.

Por lo cual, una obra social, una obra a favor de la humanidad doliente, comenzará por depender en primer lugar de Dios, en segundo lugar será aplicada al espíritu y al alma del hombre, y en tercer lugar a su cuerpo físico.

Hay quienes entienden mal esto, como el pastor de la Iglesia a la cual pertenecí en mi juventud. Eliminan la obra social material y física por un desconcepto de la prioridad de Dios y del Espíritu. No es que lo primero y segundo está por causa de lo tercero, pero es que lo tercero no puede tener éxito sin lo segundo y lo primero.

Para mayor claridad de que las obras sociales son imprescindibles en la Iglesia, sin perder de vista lo que hemos sostenido, bástanos leer Mateo 25:34-36. “Entonces el Rey dirá a los de su derecha: Venid, benditos de mi Padre, heredad el reino preparado para vosotros desde la fundación del mundo. Porque tuve hambre, y me disteis de comer; tuve sed y me disteis de beber; fui forastero, y me recogisteis; estuve desnudo, y me vestisteis; enfermo, y me visitasteis; en la cárcel, y vinisteis a mí”.

Una Iglesia sin un énfasis adecuado a las obras sociales no está cumpliendo con el cometido que el Señor le ha encomendado. Un evangelio que no contempla lo temporal, tampoco es el Evangelio que predicó el Señor Jesús.

Pero todo, lo temporal y lo eterno, está sujeto a la dirección de Dios. Es el Señor quien tiene que dar las indicaciones de cuándo y cómo; específicamente hay que obrar las obras de Dios. El Señor dijo que El obraba en el día, no en la oscuridad de la noche (Jn. 9:4). Es solamente a los rayos de la luz que se pueden hacer las obras de Dios. Por lo tanto hay que esperar su palabra que es lámpara a nuestros pies (Sal. 119:105).

El hogar de niños que funciona en Argentina en la ciudad de Concordia, se llama: “Hogar de niños Belén”. Y su origen lo tiene en una palabra que el Señor habló en lengua francesa a una hermana de aquella ciudad cuyo nombre es Clelia, y que no entendió, pues no sabe francés, lo que el Señor le dijo. Pero lo repitió al pastor de la Iglesia en Concordia. La traducción al castellano es esta:

“La gloria de esta Iglesia son los niños”.

No entendimos al principio que esta era la palabra para fundar un hogar de niños necesitados. Fue unos días después en una noche de lluvia. El pastor de la Iglesia en Concordia, en aquellos días, era Jorge Ayala que hoy es padre de cinco hijos y gerente de la Distribuidora de libros Clie en Argentina.

Aquella noche de lluvia caminaba bajo su paraguas saliendo de una reunión, y dirigiéndose a su casa. Cruzó un terreno baldío donde estaba estacionado, desde hacía meses, un viejo acoplado de un camión. Cuando pasó por el lado de esa carrocería, vio moverse algo debajo de ella. Se agachó por simple curiosidad y vio que, guareciéndose de la lluvia, había tres niños allí debajo. Les preguntó qué hacían allí. Y la contestaron que allí pasaban todas las noches, pues no tenían casa donde vivir. El pastor recordó las palabras en francés que había recibido Clelia, y les invitó a ir con él. Los chicos accedieron, tenían un promedio de 10 años.

Y se los llevó a su casa.

La esposa pegó un grito de sorpresa, pero enseguida se hizo madre de aquellos que venían a engrosar la familia.

Así comenzó el Hogar de niños Belén.

Muy pronto la familia fue aumentando, pues otros niños, que vivían debajo de otros acoplados de camión se añadieron a la casa. Comenzaron a ir a la escuela, y dejaron de vender diarios por las calles, y de limpiar zapatos en las plazas públicas.

A estas fechas han pasado muchos niños por el hogar. Todos se hicieron hombres. Algunos se convirtieron y están sirviendo al Señor en algún lugar. A otros, lamentablemente, sólo les pudimos dar de comer y vestirlos.

La obra social sigue, y el objetivo es que la ayuda material, moral y física que podemos brindarles abarque también su inmortalidad.

Quedó demostrado en la fundación de aquel hogar, que Dios va comunicando a sus siervos, los profetas, el desarrollo de sus planes aquí en la tierra.

Con el hogar para ancianos que está establecido en la Patagonia, en la ciudad de Esquel, el Señor obró en la misma forma, dándonos a conocer con palabra profética su plan para establecer una obra social para aquellos que ya han vivido una larga vida en este mundo, y que la sociedad los relega a un plano inferior, esto es: los ancianos.

Pero, desde que vino la palabra hasta que se concretó, pasaron más de veinte años.

Fue en el año 1968 o en el 1969, no puedo recordarlo con exactitud.

Formaba parte de la primera Casa Bíblica en Quilmes, una jovencita que en aquel entonces tenía 17 años, y su característica era que pasaba por frecuentes rebeldías, que Dios trató siempre con éxito en ella. Esta chica hoy es la esposa del pastor de la Iglesia en Esquel y es la directora del Hogar de ancianos que funciona en esa ciudad.

Hace, pues, unos veinte años atrás, en la primera juventud de esa muchacha que responde al nombre de Elba, que estando en un culto en Quilmes, y pasando por un momento difícil en lo que era frecuente en ella, vino una palabra de Dios desconcertante.

Generalmente, cuando alguien se pone difícil la palabra profética suele ser fuerte y correctora. Pero la palabra que vino sobre aquella niña fue que Dios la había destinado para dirigir, con dulzura, un Hogar de ancianos. Evidentemente lo que Dios le dijo a Samuel cuando fue a la casa de Isaí para ungir al que debía ser rey de Israel, se repite algunas veces en la elección de los siervos de Dios: “Y Jehová respondió a Samuel: no mires a su aspecto, ni a lo grande de su estatura, porque yo lo desecho; porque Jehová no mira lo que mira el hombre, pues el hombre mira lo que está delante de sus ojos, pero Jehová mira el corazón “ (1Sam. 16:7).

Y allí había una joven mujer con un corazón que, trabajado por Dios, podría servir para una tarea muy delicada.

Como queda dicho, pasaron muchos años para que se concretara aquella palabra. La chica se casó, tuvieron 6 hijos y se fueron a la Patagonia.

Allí sucedió, en la misma ciudad de Esquel, algo que al principio pareció una ironía, puesto que en vez de cuidar ancianos, el Señor, puso sobre la responsabilidad de aquel matrimonio, el cuidado de 200 niños.

Era una época en Argentina de mucha penuria económica. En algunos lugares del país esta penuria estaba mucho más acentuada que en otros lugares. Esquel y todo el sur sufría el flagelo de una pobreza muy marcada sobre un gran sector de su población.

El barrio donde está situada la Iglesia en Esquel es un barrio muy pobre. Doscientos niños vivían en la indigencia.

El ayuntamiento de la ciudad no era insensible a la miseria que atravesaba de una manera cruenta aquel barrio. Y pidió a la Iglesia si podíamos poner el salón como comedor para los 200 niños que habitaban el barrio.

Los pastores tampoco fueron insensibles, y pusieron salón y trabajo para dar de comer a aquella población infantil.

La comida no era gran cosa. Unos pedazos de pan, untados con manteca y una taza de leche. Había algunos niños afectados de una desnutrición muy avanzada. A aquellos niños se les daba doble ración de lo mismo. Se me partió el corazón cuando por primera vez los vi comer. Era la única comida que tenían en el día, la que les proporcionaba el ayuntamiento y la Iglesia.

Hoy ya se ha suavizado un poco la situación. Algunos niños ya no vienen al comedor, pues en sus casas ha mejorado todo un poco. Pero aún quedan algunos a los que se les proporciona el cariño y la alimentación.

La ironía era que habiendo recibido aquella antigua niña, esposa y madre, la palabra de cuidar ancianos, lo que se había concretado en ella era el cuidado de los que tardarían años en serlo.

Pero llegó el cumplimiento de la palabra del Señor.

El mismo ayuntamiento de la ciudad, proporcionó una casa grande y ofreció a Elba la dirección del Hogar de ancianos de Esquel.

Cuando las obras sociales se llevan a cabo bajo las indicaciones del Señor, no se corre el peligro de descuidar lo espiritual.

Así ha sido en Esquel desde donde se atienden cinco congregaciones enclavadas en la imponente cordillera de los Andes, y cuyo primer punto es darle gloria a Dios, después salvar del infierno a los pecadores y después darles de comer.

La salvación del hombre es una consecuencia de darle la gloria a Dios.

La obra social es la consecuencia del perdón de los pecados.

Y así, en ese orden que marcan la Escrituras, podemos avanzar confiados, sabiendo que el amor a la humanidad, comenzando en Dios, y aplicándolo al espíritu, dará por resultado, hambrientos y sedientos saciados de pan y agua, desnudos cubiertos, y enfermos sanados. Invirtiendo el orden corremos el riesgo de relegar lo eterno, y de ser lo más dignos de lástima de todos los hombres, si solo EN ESTA VIDA, esperamos en Cristo Jesús (1Co. 15:19).

CAPITULO XIV: LA TIERRA DEL SOL Y DEL BUEN VINO

Muchas veces, como hemos constatado en otra parte de estos relatos, nos hemos encontrado con el problema de no saber qué actitud tomar con respecto a atender o no a grupos de hermanos que salen de otras congregaciones, y que nos piden ser cubiertos.

Corrientemente preguntamos cuál es el motivo de su deserción de la congregación a que pertenecen, y si el motivo es por falta de libertad en el culto al Señor, los atendemos por dos razones:

La primera, porque entendemos que es el único motivo valedero para salir de una congregación, pues tenemos un concepto bien formado y amplio de lo que es el culto al Señor.

La segunda razón, que no es tan fuerte, es para que no se constituyan en un grupo más de los que abundan en independencia del conjunto de lo que realmente es la Iglesia universal.

Algunas veces, por circunstancias que no vienen al caso relatar, hemos obrado sin ajustarnos a esta regla.

Pero lo que pasó en Mendoza, que es “la tierra del sol y del buen vino”, fue algo diferente.

Recibimos sendas cartas de un pastor que nos pedía ayuda espiritual para la congregación en la que Dios le había hecho responsable.

Fueron dos cartas, puesto que dejamos pasar un tiempo sin contestar la primera, pues no es muy gratificante trabajar en campo ajeno. Pero con la segunda tuvimos que responder que estábamos dispuestos a darle ayuda, lo cual nos agradeció, sin conocernos, con una tercera carta.

El resultado de aquella correspondencia fue que, con dos o tres hermanos más, nos fuimos hacia la ciudad de Mendoza, distante de Quilmes unos 1.100 kms.

Por aquel entonces una hermana de la Iglesia de Quilmes había enviudado, y contraído segundas nupcias con un hermano, viudo también, residente en Mendoza: viejo metodista, de los que no comulgaban con las nuevas teologías que promueven ciertos hermanos de esa denominación.

Como no había un conocimiento previo con el pastor que nos había escrito, (era pastor de una iglesia Pentecostal), nos hospedamos en la casa de los hermanos García, que era la pareja de recién casados, por segunda vez, que acabamos de describir.

Les explicamos el motivo de nuestra llegada a Mendoza. Les dimos gracias por su hospitalidad, y nos dirigimos a la casa pastoral que había reclamado nuestra ayuda.

A juzgar por las tres cartas que habíamos recibido esperábamos un recibimiento efusivo y de alivio por parte del pastor. Pero fue todo lo contrario.

Una tristeza bien visible reflejaba su cara. Y nos dimos cuenta, por lo irritado de sus ojos, que había estado llorando.

Antes de preguntar nosotros qué es lo que había pasado, él nos dijo:

-Tengo una revolución en la Iglesia.

Lo que había sucedido era que, cuando nos escribió las tres cartas, solamente una parte de la congregación veía la necesidad de esta ayuda espiritual que el pastor nos solicitaba. Había otro sector minúsculo en la Iglesia que no quería intromisiones foráneas en aquella congregación. Pero predecían los que se sentían necesitados de un ministerio renovado. Hasta aquí todo andaba bien, pues el grupo negativo no incidía mucho en las decisiones que tomaba el pastor; aunque esas decisiones tenían que ser aprobadas por la mayoría de la Iglesia, en una especie de sistema democrático que funciona bien en los gobiernos de las naciones, pero que no es el sistema que Dios ha elegido para el gobierno de la Iglesia.

Pero allí funcionaba de esa manera.

Lo que pasó unos días después de que el pastor escribiera la tercera carta fue que alguien de los que no estaba de acuerdo, tuvo un sugestivo sueño que se atrevió a relatarlo en forma de profecía, delante de todos los asistentes en un culto público.

El sueño, reproducido en voz pretendidamente profética, era que se acercaban unos hombres con la apariencia de ayudar a la Iglesia, pero que lo cierto era que estos hombres no eran otra cosa que mensajeros de Satanás.

Todo era demasiado elocuente, y alguien, con discernimiento espiritual, se hubiera dado cuenta de aquella patraña. Sólo se dio cuenta el pastor y un minúsculo grupo.

Otra vez estábamos frente a una de las tan frecuentes divisiones en la Iglesia del Señor, de la cual nosotros éramos participantes de segunda mano.

Ayudamos al pastor a que se quedara tranquilo. Que a nuestro amor propio no le venía mal un viaje de 2.200 kms, para nada. Y que hiciera todo lo posible para que la Iglesia no se dividiera.

Nos despedimos, después de tomar unos mates y ya nos dispusimos para regresar a Buenos Aires.

Con lo que no contábamos era que Dios tiene diferentes maneras de llevar a cabo sus propósitos, y que hasta puede, y generalmente lo hace, transformar en bendición lo que en principio parece un desastre.

Dios hablando en este tiempo por el Hijo, sigue usando diversas maneras para hacernos oír su voz (Heb. 1:1).

El quería darnos responsabilidad en la tierra del sol y del buen vino.

Cuando la hermana Ester, que éste es su nombre, se casó por segunda vez, y se fue a vivir a Mendoza, la encomendamos al Señor para que pudiera hacer su obra en aquel lugar.

Hasta ese momento lo que hizo fue llenar de inquietudes espirituales renovadas a su nuevo esposo y a toda su familia, en quienes se despertó una verdadera sed de Dios.

Pero ahí había quedado todo.

Cuando regresamos, después de la frustrada visita a aquella Iglesia que no nos recibió, compartimos lo sucedido al matrimonio, quienes al unísono dijeron:

-Este viaje no ha sido en vano. Esta tarde nos reuniremos a la familia en casa y tendremos un culto al Señor.

Así comenzó la Iglesia en la que Dios nos ha responsabilizado hasta el día de hoy en aquella ciudad hermosa, que a veces tiembla con movimientos sísmicos, y que ahora, en los cultos que se ofrecen al Señor, tiemblan las almas al contacto de una presencia cercana de aquél con el cual beberemos del fruto de la vida en un día que no está lejano (Mat. 26:29).

El comedor de la casa que estábamos usando para celebrar los cultos ya era insuficiente. Algunos que no eran de la familia comenzaron a venir.

Dos cosas hacían falta.

La primera, un pastor.

La segunda, más espacio.

El matrimonio García es de lo más consagrado y dispuesto. Tenían, separada por la pared del comedor una tienda de mercería con al cual se ganaban la vida. La cerraron. Y la Iglesia pasó del comedor a la tienda.

El pastor fue enviado un poco antes de ese cambio de salón y fue el hermano Daniel Palmadessa que veinte años tras había recibido una palabra del Señor de que debería ser enviado a Chile.

Chile linda con la provincia de Mendoza.

Ahora este hermano estaba allí, y ya había ido dos o tres veces a Chile, pues la Iglesia posee un terreno en Viña del Mar, ciudad Chilena de la costa del Pacífico, donde algún día edificaremos una casa para darle culto al Señor.

Los caminos de Dios están llenos de sorpresas que dejan de serlo cuando asumimos que todo lo que El ha hecho se cumple.

Dios nos dio una canción que dice así:

Todo lo que ha dicho El,
cumplimiento ha de tener.
todo lo que ha dicho El
lo hará, sí lo hará,
lo hará porque El es Dios,
lo hará porque El es fiel,
lo hará y lo cumplirá.
Cumplimiento ha de tener,
porque El es Dios,
lo cumplirá.

Esta canción la venimos cantando a menudo, pues Dios va cumpliendo con lo que ha dicho y dando palabra nueva que se va cumpliendo a medida que pasa el tiempo.

La iglesia en Mendoza ha ido creciendo. En esta tiempo se está edificando un salón propio para cultos, y está en el proyecto de los hermanos el funcionamiento de una Casa Bíblica, que quizás esté ya en marcha cuando este libro salga a la luz. De momento tres jóvenes ya salieron de esta congregación para prepararse, dos de ellos en la Casa Bíblica de Quilmes y otro en la de Inglaterra.

Todo comenzó con un llamado macedónico fallido, pero después de lo acontecido entendemos que fue la voz de Dios.

A la altura de todo lo que venimos diciendo en esta serie de relatos, se hace notar lo que pretendimos al titular este libro: Fe, Obediencia y Temor de Dios. Y hemos tratado de explicar que estas tres virtudes funcionan por la palabra profética que realmente las mueve. Sin embargo, nos dimos cuenta de que se tienen que tomar ciertos recaudos para seguir este camino en la marcha de la obra del Señor. Y nos dimos cuenta, cuando pudimos constatar que existe una buena cantidad de hermanos en la fe que no comparten este procedimiento, que a nosotros nos ha dado tan buen resultado.

Fue en Italia, en la ciudad de Torino, donde nos dimos mayor cuenta de la falta de apoyo en dejarse llevar por la palabra profética.

Un grupo de hermanos de esa ciudad italiana nos invitaron para que compartiéramos nuestras experiencias en la obra de Dios.

Y les explicamos que nuestra estrategia no tenía un plan prefijado, que ella variaba de acuerdo a la palabra que Dios nos daba, o al sueño o a la visión que tomábamos como guía, principalmente cuando de una palabra profética se trataba.

Las caras que ponían aquellos hermanos italianos cuando les contábamos nuestras experiencias, nos decían elocuentemente que aquello no los entusiasmaba. Estábamos acostumbrados a recibir aprobación y sorpresa cuando en otros lugares nos requerían para que compartiéramos nuestra manera de vivir en el Espíritu.

Pero allí, fue decepcionante. Nos hicieron entender que nuestro procedimiento era una especie de exageración de lo carismático, lo cual se conoce con el nombre de “carismanía”.

No tratamos de polemizar sobre el asunto. Pero, no por tozudez, sino por convicción seguimos los dictados de la palabra profética, pensando que es el procedimiento inequívoco para crecer en la obra de Dios.

Pablo estimula a una Iglesia tan problemática como la de Corinto a que todos PROFETICEN y hablen en lenguas (1Co. 14:5), pues donde no hay profecía el pueblo se desenfrena (Prov. 29:18). Además, si esa palabra profética que Dios nos viene hablando desde hace 25 años no estuviera supeditada a un presbiterio maduro que puede examinarla y juzgarla, correríamos el riesgo de estar en una “manía” cualquiera. Pero teniendo a hombres de Dios que saben distinguir entre lo falso y lo verdadero, nos trae tranquilidad y seguridad de que, siguiendo los caminos de Dios, más altos que los nuestros, y creyendo sus pensamientos más sublimes, no corremos el riesgo de desviarnos del objetivo que Dios ha provisto para que cada uno, haciendo su propia obra que es la de Dios, llegue a terminar la carrera con gozo (Hch. 20:24).

A menos que Dios diga lo contrario, seguiremos así, como en Mendoza, como en España, como en Inglaterra, escuchando la voz de Dios para aplicar la fe, la obediencia y su santo temor, a la obra misterios de su Espíritu.

CAPITULO XV: DE HOLANDA A ARGENTINA PASANDO POR CHILE

Era el mes de mayo de 1980 cuando, junto con los hermanos McCulloch, Ian y David, hicimos una gira misionera por el centro de Europa, orando en distintas ciudades de Bélgica, Holanda, Luxemburgo y Alemania. La iglesia en Francia ya estaba establecida, y fue precisamente desde allí donde partimos hacia el norte, para orar en esas naciones.

Teníamos algún contacto en Bélgica y Holanda, pero ninguna amistad profunda, ni en aquellos amigos había una sed de Dios tan grande como para que nos animáramos a dar agua a quienes no tienen sed.

Nuestra visión era orar en distintos lugares par que un día Dios hablara de establecer iglesias allí donde clamábamos al Señor por establecerlas.

No recuerdo si fue en Rotterdam o Amsterdam, en Holanda. Son dos ciudades bastante parecidas, con canales que hacen de calles en una tenue imitación de Venecia.

Lo que sí recuerdo bien es que habíamos estacionado la camioneta en que hacíamos aquella gira, en el borde de uno de aquellos canales. Y mientras David e Ian habían ido a algún supermercado por provisiones, yo sentí que Dios me decía que me descalzara y comenzara a caminar por la orilla del canal.

No me lo hice repetir; y me quité los zapatos, bajé de la camioneta, y me puse a caminar unos metros hacia un lado y unos metros hacia el otro lado en un ir y venir un tanto nervioso.

Entendí que el Señor quería que orara, y lo más lógico que me pareció era comenzar a orar bendiciendo la ciudad en la que estábamos, y pedirle para establecer una Iglesia en ella, como estábamos haciendo en cada nueva ciudad que visitábamos.

Unos momentos antes que regresaran Ian y David del supermercado, el Señor me sorprendió con algo que entendí que era de su Espíritu.

Me dijo algo así como:

-Deja de orar por Rotterdam (quizás fue Amsterdam, no lo recuerdo), y añadió: -Ve a San Pedro y establece allí una Iglesia.

Y me quedé anonadado, por no decir decepcionado. Por lo que yo conocía de la ciudad que acababa de nombrarme era una pequeña ciudad rural en la provincia de Buenos Aires. Para disipar mi decepción, pensé que aquella sensación de mi espíritu se refería a San Pedro en el Vaticano, pero no, mi espíritu lo había entendido bien. Lo que Dios quería era una Iglesia en aquella pequeña ciudad rural en la provincia de Buenos Aires.

Salimos de Holanda, y yo no compartí aquella experiencia espiritual que acababa de tener. Si Dios me hubiera dicho que estableciéramos una Iglesia en aquella importante ciudad de Holanda donde estábamos, seguramente me hubiera faltado tiempo para compartirlo con mis compañeros de misión. Pero me sentía decepcionado.

Por otra parte, la lógica duda natural de si aquella experiencia de mi espíritu era de Dios, me asaltó irremisiblemente, pues ¿Qué tenía que ver la oración por Holanda con la respuesta para Argentina?

Nos fuimos a Alemania.

Pasamos la noche en un moderno hotel de Bitburg. Allí, antes de que me venciera el sueño comencé a escribir, quizás para ver si se me iba la decepción. Hacía quince años que no escribía en verso. Aquella noche escribí un poema que años más tarde publiqué en el libro **Tiempo de canción**. Es un poema basado en Juan 10:17-18 que titulé: “Puso su vida y la volvió a tomar”. Mi reflexión era que Dios puede hacer lo que El quiere sin darle explicaciones a nadie. Nosotros nos creemos tan importantes que pretendemos tener detalles de todo. Pero la fe se tipifica en un hombre que salió de su tierra y de su parentela sin saber a dónde iba. Así nos habla de Abraham en Heb. 11:8.

Si Cristo puso su vida y la volvió a tomar, en un acto de Omnipotencia, podía, con mayor razón, contestar una oración dirigida a Holanda cambiando su dirección hacia Argentina.

Me dormí después de escribir aquel poema. Por un lado decepcionado, por el otro Dios me había devuelto la inspiración poética que había estado cautiva durante más de quince años. Otra vez quedaba dicho que Dios no es deudor de nadie.

Nos fuimos a Francia a la mañana siguiente, desde donde habíamos iniciado aquella gira de oración misionera. Después volví a Argentina.

Allí compartí con los hermanos del Presbiterio Mayor, que así llamamos a los ocho hombres que compartimos la responsabilidad de la obra internacionalmente, todo lo que había sucedido con respecto a Holanda y San Pedro. Convinimos en que aquella inquietud, que ya había prendido en todos, debíamos partirla con la Iglesia en San Nicolás, ciudad que está a 100 kms. al norte de San Pedro.

Pasaron dos años hasta que se estableció una Iglesia allí. Pero ya hace unos cuantos años que viene funcionando.

Uno de los primeros convertidos en aquella pequeña ciudad rural de la provincia de Buenos Aires, fue un joven chileno que vivía solo y que había llegado a Argentina hacía poco tiempo. Su nombre completo es Jorge Guillén.

Durante algún tiempo buscábamos qué relación tenía Holanda con San Pedro. Investigamos si allí había alguna colonia holandesa, pero nada de eso encontramos. Al cabo de unos años alguien en un retiro, donde estaba este muchacho chileno, dio una palabra profética de que este joven debía ir a Holanda. Siempre pensamos primero en la posibilidad del error en la profecía, pues este chico estaba arreglando sus papales para ir a Inglaterra. Sin embargo, pensamos que si la palabra era cierta, Inglaterra no está tan lejos de Holanda.

Pasó el tiempo. Y en uno de mis últimos viajes a Europa, estaba solo en la casa que me hospedaba en Zaragoza, y de pronto sin pensar en nada vino a mi espíritu Holanda y una voz interior que me decía:

-Así como en Holanda te envié a San Pedro, ahora, cuando vuelvas a Argentina tendrás que ir tres domingos seguidos a San Pedro y yo te voy a dar Rotterdam.

Me sonreí con respeto, y me dije a mí mismo:

-¡Si no recuerdo si fue Rotterdam o Amsterdam donde yo estuve orando!

Así que por un momento deseché aquella voz interior.

Pero fue sólo un momento, pues siempre, en mi interior, que es generalmente donde habla la voz de Dios, sentí aquella voz que me añadía:

- No importa si no te acuerdas. Yo te daré Rotterdam y Ámsterdam.

Me fui otra vez a Argentina. Compartí lo sucedido al Presbiterio Mayor, también se lo conté al joven chileno. Y fui tres domingos seguidos a la Iglesia de San Pedro.

Lo que estaba sucediendo no era una tontería, ni una “carismanía”, simplemente era el resultado de esta siempre abierto a Dios para que El hable. Ninguna cosa extravagante estábamos haciendo, no era ni siquiera comer un rollo como le sucedió a Ezequiel (Ez. 3:1), ni casarse con una mujer fornicaria, hija de fornicación, como le sucedió a Oseas (Os. 1:2). Las condiciones que recibíamos, eran cosas extrañas, pero si no procedían de Dios no podían traer ninguna mal, y por el contrario, si procedían de Dios, como cada vez lo fue, traerían como resultado una gran bendición para la gloria de Dios, y el entendimiento de su reino. Era un asunto de correr el riesgo de que nos colgaran el sambenito de excéntricos. Y si por una verdad incomprensible, de parte de Dios, teníamos que pasar por la prueba de la burla, podíamos pensar en el Señor Jesús con una caña en la mano como cetro y una corona de espinas, para ser también burlado por aquellos que no creían en la procedencia de Dios, de quien era Dios mismo.

Pero sigamos con el relato.

En estos momentos, mientras estoy contando lo que estoy diciendo, me encuentro nuevamente en Europa. Estoy en la ciudad de Zaragoza, donde si Dios no dice lo contrario estaré durante 4 años.

Jorge Guillén y mi hijo menor están en Estados Unidos para pasar un mes visitando iglesias en ese país. Pasado este mes si Dios quiere, el muchacho chileno pasará a Inglaterra y de allí, si las autoridades de la inmigración lo permiten, pasará a Holanda, donde tres familias están esperando recibir el mensaje del amor de Dios.

¿Cómo sucedió esto?

Cierto día un pastor andaluz me vino a ver diciéndome: -Como que ustedes tienen una visión misionera muy amplia, quisiéramos conectarles con alguien en Holanda.

Este hermano ignoraba absolutamente todo lo que he estado relatando en el presente escrito.

Y añadió:

-Hay una hermana en Cristo de nacionalidad chilena, casada con un holandés y radicados en Holanda, que con grandes inquietudes espirituales quieren relacionarse con alguien que tenga visión misionera.

A los pocos días de que este pastor andaluz me dijera lo anotado, Jorge Guillén, el joven chileno, llegaba a España. Se comunicó con el pastor andaluz. Se fue a Holanda con mi hijo menor, mi yerno Juan Carlos que pastorea una iglesia cerca de París, y fueron con otro joven hermano.

Y ahora tres familias holandesas con una mujer chilena están esperando a un joven chileno que recibió palabra de Dios para ir a Holanda desde una pequeña ciudad rural en la provincia de Buenos Aires.

No sabemos el final. Este proceso de Holanda y Argentina está en sus comienzos. Los chilenos tienen la palabra.

En el transcurso de 25 años no hemos tenido necesidad de utilizar ninguna estrategia.

Quizás esto también sea una estrategia. Pero si lo es, es una estrategia que no desgasta, que no exprime los sesos, que no lleva al agotamiento, ni al aburrimiento. Es recibir para cada paso que hay que dar, para cada cosa que hay que hacer, la lozana frescura de lo genuino, de lo que viene de Dios sin mezcla de sentimiento y criterios humanos, que llevan a los hombres a las discusiones y controversias.

Desde aquí quiero hacer notorio, para la gloria de Dios, el quehacer armonioso, constante y duradero de un Presbiterio Mayor que ha permanecido unido desde sus comienzos en el año 1967.

Y este es el resultado de creer unánimemente que hoy día, aún terminando el siglo XX, Dios sigue hablando.

Y como añadidura, diremos que con esta “estrategia”, el único que lleva la gloria es el Señor, que es merecedor de toda ella.

CAPITULO XVI: LAS PIEDRAS LISAS

Piedras lisas son aquellas que Salomón, cuando construyó el templo, hizo labrar afuera, para que ningún ruido de martillo, ni de instrumento de hierro, se escuchara en el interior de la casa de Dios, mientras ella era edificada.

Esa fue la palabra profética que en un determinado momento vino a la Iglesia a causa de tanta gente difícil que se incorporaba a ella. Gente rebelde que había acudido al llamado de Dios en busca de bendiciones, pero que nunca se había comprometido con Cristo.

Era un tiempo de extensión. Dios nos instaba a que estableciéramos iglesias en los lugares que El nos iba indicando. Llegamos a entrar en un pesado cansancio, puesto que añadir iglesias y miembros en las mismas era añadir problemas.

Siempre que viene una palabra, generalmente viene con una condición. Y esta vez no fue diferente.

La condición era que debíamos cambiar el enfoque de nuestro mensaje evangelístico. Debíamos volver al año 1967, al inicio de la Iglesia en Quilmes, al principio del mover de Dios que afectó a la Iglesia en el final de la década del '60.

En aquel tiempo nos dimos cuenta que el evangelio que se había predicado por años era un evangelio barato. Alguien lo llamó “el evangelio de las ofertas”, donde el compromiso de seguir al Señor en una vida de santidad era tan relegado que apenas se mencionaba, dando lugar únicamente a las bendiciones, que por otra parte son ciertas, y que también pertenecen al evangelio.

Una presentación equilibrada del mensaje hacía falta. Y en aquellos comienzos, como siempre, reaccionamos hacia el otro extremo, para llegar, a los pocos años, a cambiar de nuevo la dirección del péndulo, y entrar de nuevo en el “evangelio de las ofertas”.

Y el evangelio que es el único que hay, pues no hay otro evangelio, estaba mal presentado.

Al invitar a la gente a venir a Jesús para que se le solucionaran todos los problemas, sin distinción; y esconder la otra parte que es la responsabilidad que tiene el creyente de serlo, hacía entrar en la Iglesia a personas que solamente estaban conformes con ser bendecidos ellos, estimulando más y más la propia estimación, en perjuicio de darse a los demás.

Y de esta forma, el pastor, o los pastores, tenían que correr de un lado al otro para pacificar peleas producidas por el amor propio, y tratar de apagar rebeldías que surgían cuando las cosas no le marchaban del todo bien a la oveja en cuestión.

Este trabajo es un trabajo que no tiene nada de espiritual, la fuerza de la carne, de las capacidades naturales del pastor, se ponen de manifiesto, y nada más.

Mucho ruido de martillo en la casa de Dios, que no es conveniente, ni deseado, ni ordenado por el Señor.

¿Cómo evitar todo esto, si el interior de la casa está lleno de piedras sin labrar?.

Vigilar la puerta, no dejando entrar extranjeros en el templo (Ez. 44:6-9).

Y el único remedio para edificar en orden, paz y sosiego es presentar un evangelio que reclute discípulos, y no meros creyentes que acudan al Señor por el pan y los peces.

Y con lo que ya se ha colado adentro, la energía, con gracias y con amor, de un reenfoque de las motivaciones que impulsaron, al equivocado, a acudir a Dios. Si se queda es de los nuestros, si se va es que no era de nosotros, porque nosotros predicamos a Cristo crucificado, que es locura para los que se pierden y poder de Dios para los que se salvan (1Co. 1:18-24).

No se trata de aceptar al Señor. Se trata de entregarse al Señor. En esto radica toda la diferencia. Al aceptarlo buscamos la propia conveniencia. Al entregarnos nos estamos poniendo a su incondicional servicio.

A simple vista y sin un análisis profundo, parecería que no hay remedio. Que siempre la gente acudirá al Señor por sus necesidades.

Pero Dios nos habló que traería PIEDRAS LISAS. Que a partir del día que él confirmaría su palabra, comenzaría a enviar a la Iglesia aquella clase de gente.

La confirmación pensamos haberla tenido, cuando en nuestro primer viaje a la Patagonia, mientras estábamos bordeando los lagos del sur; en un río que desde la cordillera se precipitaba al mar, encontramos montones de piedras procesadas por la erosión del agua y del viento. Era un espectáculo maravilloso. Y a nosotros se nos antojó más maravilloso todavía, al estar ansiosos de encontrar una confirmación a aquella palabra sobre las piedras lisas.

Bajamos al lecho del río, que traía poco agua en aquella época del año, y los cinco que viajábamos nos pusimos sobre aquel montículo de piedras lisas, y comenzamos a alabar a Dios. Lo hicimos por un largo espacio de tiempo, y cuando reemprendimos el camino bordeando un lago para dirigirnos a la ciudad de Esquel, estábamos llenos de gozo y de seguridad, de que el Señor nos acababa de confirmar la palabra que nos había dado, y que de allí en más comenzaría a añadir almas a su Iglesia que ingresarían a ella más para dar que para recibir.

Y así fue.

De todos modos tuvimos que reenfocar el mensaje del evangelio, sin excluir las necesidades del pobre pecador que no tiene a quien ir, sino a Jesús para que le cure sus males, que son muchos.

El “nuevo” mensaje se apoyaba básicamente en que “si alguno está en Cristo, nueva criatura es; las cosas viejas pasaron; he aquí, todas son hechas nuevas” (2Co. 5:17): “Si alguien quiere venir en pos de mí, niéguese a sí mismo, tome su cruz y sígame” (Mar. 8:34). “Y ya no vivo yo, sino que Cristo vive en mí” (Gál. 2:20).

En una palabra. Quien entraba a la Iglesia del Señor, necesariamente, tenía que haber terminado con el pecado. Con el pecado auestas, que son las aristas de las piedras sin labrar, no se puede edificar la Iglesia, ni las vidas de los que la componen. Frente a la cruz se descarga todo el peso del pecado que nos rodea, y corremos, con paciencia, la carrera que tenemos por delante, puesto los ojos en Jesús el autor y consumidor de la fe (Heb. 12:1).

El secreto era terminar con el pecado desde el primer día de la conversión.

La condición era predicar con ese enfoque.

El resultado sería: las piedras lisas.

Se originó una pequeña polémica entre los que persistían en lo viejo, y los que estaban convencidos de que lo nuevo era lo ordenado por Dios desde un principio.

Se temía entrar en la doctrina, no sana, de que el creyente no puede pecar más, y por consiguiente caminar en la dirección de una teología que dice que aún pecando, el creyente no le es contado el pecado, porque ya no vive él, sino que en su lugar vive el Señor.

Otra vez necesitamos el equilibrio.

Se puede ceder de vez en cuando a la tentación del maligno en un desprevenido descuido. Pero nunca debe ser lo habitual, como es la características de estas piedras no labradas que no sirven para edificar.

Es cierto que todavía no hemos llegado hasta la sangre combatiendo contra el pecado (Heb. 12:4). Pero no es menos cierto que los que han nacido de Dios no pueden pecar (1Jn. 3:9).

Es cuestión de poner bien el fiel de la balanza para no entrar en una presuntuosa pseudosantidad; pero tener fe que los pecados han sido echados al fondo del mar, (Miq. 7:19) y que ya no serviremos más al pecado (Rom. 6:6), pues si hemos muerto al pecado, ¿Cómo viviremos aún en él? (Rom. 6:2).

Por fin prevaleció lo que entendimos era el mandato de Dios. Debíamos predicar el evangelio del compromiso con Cristo, que daría como resultado hombres y mujeres de fe, con ganas de avanzar, procurando el bien de los demás antes que el suyo propio, porque de verdad entrarían en la Iglesia habiendo sido crucificados con Cristo.

Es verdad que el camino a la perfección es un proceso. Pero es un proceso no de lo malo hacia lo bueno, sino de lo bueno hacia lo mejor.

Años atrás Dios nos había hablado de un proceso de limpieza sobre limpieza, no de limpieza sobre suciedad. Y ahora, aquella palabra volvía a tomar vigencia con la promesa de las piedras lisas que Dios iba a añadir a la Iglesia.

En la generalidad universal de la Iglesia militante, hoy en día no hay muchas piedras lisas. El amor propio, la búsqueda del propio bienestar en perjuicio de los demás, es lo que comúnmente aparece en la Iglesia.

Se sigue predicando el “evangelio de las ofertas”, cada vez más barato, pues lo que parece que, lamentablemente más interesa es el número de “convertidos”. Y se emplean las estrategias más atrevidas, y no del todo honestas para lograr adeptos. Esto hay que decirlo.

Pero es hora de ponerse a tono con el propósito de Dios.

No es hacer adeptos.

No es meramente predicar el evangelio.

Se trata de hacer discípulos. Y nadie puede ser discípulo de Jesús si no lleva su cruz y renuncia a todo lo que posee (Luc. 14:27 y 33).

De verdaderos discípulos está compuesta la Iglesia. Estas son las verdaderas piedras lisas que entran con buen pie en el reino, y con los cuales se avanza rápidamente hacia la perfección, habiendo dejado atrás todo lo viejo (Heb. 6:1).

Tuvimos Fe en la palabra.

Las piedras lisas siguen entrando en la Iglesia.

Alguna vez, todavía, se oye un ruido de martillo en el lugar donde no se debe oír.

No está logrado todo. Sin embargo, olvidando todo lo que queda atrás proseguimos hacia la meta (Fil. 3:13-14).

Con OBEDIENCIA, vamos a llegar.

Y con TEMOR DE DIOS no caeremos en triunfalismos vanos, sino que confiamos permanecer en humildad.

Ese ha sido el énfasis del testimonio de 25 años de labor en la viña del Señor.

Ahora tenemos por delante otro desafío, que es la razón del apéndice que incluimos en este libro.

APENDICE: FUNDAR UNA CIUDAD

I-LA PALABRA PROFETICA

Vivíamos en un campo de trece hectáreas. En la zona donde ahora funciona una Casa Bíblica en Santa Fe, cerca de la ciudad capital, pero en pleno campo.

Allí vivíamos sesenta personas, entre matrimonios y hombres y mujeres solteros, en una experiencia que probó hasta dónde somos capaces de cumplir el nuevo mandamiento del Señor, de amarnos los unos a los otros como El nos ha amado (Jn. 13:34). Tan mal parados no salimos. Y hoy, la mayoría de los que vivieron esa experiencia, tienen responsabilidades muy serias en la obra de Dios.

Fue en ese lugar, denominado Campo Crespo, donde el Señor nos habló de fundar una ciudad.

Dios nos habla muchas veces, más de las que nosotros oímos. Sin embargo, cuando habla más, y cuando se hace más audible su voz, es cuando se está en un período donde su presencia es tangible. Y allí, en aquel campo, venía su presencia casi las veinticuatro horas del día.

En el surco, mientras desbrotábamos las tomateras, o con la azada la sacábamos a las plantas las malas hierbas que impedían su crecimiento, Dios venía y tenía que arrodillarnos allí en el surco, para vivir su presencia.

Pero donde Dios hablaba más, era, cuando al fin del día, terminado el trabajo y después de haber tomado el té de la tarde, nos reuníamos todos para rendirle culto, en el salón principal, que era lugar de reunión o comedor a la vez.

Una noche Dios habló más o menos así: - Quiero que después de esta experiencia que estáis viviendo ahora, fundéis una ciudad.

No hubo más detalles, posiblemente hubo más número de palabras, pero la esencia es lo que está transcrito.

Hubo asombro mezclado con entusiasmo, pero lo que prevaleció más tarde fue la cautela, que es sinónimo de la prudencia que el Señor nos recomienda que tengamos (Mat. 10:26).

Yo, personalmente, pasados unos días, creí que el lugar donde debíamos fundar la ciudad que Dios ordenaba fundar era en la provincia del Chaco, al norte de Argentina, y que el propósito de esa fundación era para que sirviese como refugio en los tiempos de persecución, que entendemos habrán de tener lugar antes de la segunda venida del Señor a la tierra.

Pero en la palabra recibida, no se especificaba ninguna de estas dos cosas: ni el lugar, ni el propósito.

Así que, dejamos pasar el tiempo, como hacíamos con cada una de las palabras proféticas recibidas, y nos dispusimos a esperar una confirmación.

La confirmación en cuanto al lugar, no se hizo esperar. Pero no fue una confirmación en lo que a mí respecta. Fue una confirmación para otros, que desde un primer momento, sintieron que el lugar era la Patagonia, precisamente al sur del país. Todo lo contrario de lo que a mí me parecía.

Prevaleció ese criterio. Más tarde yo sentí paz de parte de Dios, de que, realmente, la Patagonia era el lugar.

Seguimos viviendo allá, en Campo Creso. La obra del Señor se extendió a la ciudad de Santa Fe. La Iglesia en Quilmes iba creciendo a pesar de haberla dejado desmembrada, cuando sesenta salimos de allí para formar la comunidad en la cual vivíamos. Y ya había una Iglesia en Inglaterra y otra en España.

La Patagonia seguía esperando. Que ese era el lugar ya estaba aceptado por toda la comunidad, y aún en lugares lejanos como Inglaterra y España, se profetizaba sobre la ciudad que el Señor había dicho que teníamos que fundar.

El pueblo de Dios en general sobreentendía que el propósito de esa fundación era para que sirviera como refugio en la eventual persecución.

Pero lo cierto es que Dios no había hablado textualmente de ningún propósito.

Muchas veces Dios obra así, nos deja a oscuras en sus designios.

Como a Abraham que le mandó dejar su tierra y su parentela, y él se fue, sin saber adónde iba (Heb. 11:8).

Sin embargo, yo estaba persuadido de que el propósito de la ciudad de refugio era evidente. Y aún hice un estudio basado en Apocalipsis 12, inspirado en esta convicción.

Pero cuando fuimos por primera vez a la Patagonia, se fue enfriando mi convencimiento hasta el punto de no saber cuál era el propósito de la orden de Dios. Pero la orden estaba, no cabían dudas y había que obedecer, otra vez como Abraham, sin saber de boca de Dios que un carnero trabado en el zarzal evitaría el degüello de su hijo (Gn. 22:13). La orden era ofrecer el holocausto.

La orden que teníamos nosotros era fundar la ciudad.

Dejamos pasar unos años; no unos meses ni unos días. Debíamos asegurarnos que lo que íbamos a hacer no era una loca aventura.

Y al cabo de tres o cuatro años dimos los primeros pasos.

II-LOS PRIMEROS PASOS

La experiencia que hemos venido recogiendo a través de los años de nuestro ministerio, es que las cosas grandes de Dios empiezan siendo muy pequeñas. Y que sin apresuramientos se van echando las bases del edificio a construir, que se entiende, es cada una de las obras que el Espíritu Santo va haciendo en nosotros y a través de nosotros.

Si la orden de Dios fue fundar una ciudad, y después confirmó por medio de muchos hermanos que esa ciudad debía ser fundada en la Patagonia; entendimos que primero debíamos ir hacia aquella región.

Mientras estábamos pensando en poner manos a la obra, dos hermanos, Julio Peresenda y Daniel Spina, habían sentido radicarse en aquella zona y establecer una Iglesia en algún lugar de aquella vasta región.

Pilcaniyeu era el nombre que a Julio le llamaba la atención. No sabía dónde quedaba aquel lugar, pero lo ubicamos en un mapa. Está cerca de la ciudad de Bariloche.

Allí nos encaminamos un buen día.

En la expedición íbamos cinco hombres: Daniel García, Ian Mc Culloch, Julio Peresenda, Daniel Spina y un servidor.

Viajamos en un viejo y fiel Ford Falcon, con el cual ya habíamos recorrido todo el país, menos el Sur: ahora el viaje Falcon iba a conocer La Patagonia.

Llegamos Bariloche. Después de embelesarnos con la ciudad y el paisaje que la circunda, nos dirigimos a Pilcaniyeu. No habíamos ido a hacer turismo, peor gozamos por unas horas viendo las bellezas de aquel lugar.

Cuando llegamos a Pilcaniyeu. Es un pueblo de una sola calle, de unos cien metros de largo. Encontramos allí un hotel de madera que nos recordó las películas de “cow-boys” desarrolladas en algún “pueblo fantasma”.

Haciendo crujir el maderamen debajo de nuestros pies, pasamos allí una noche ventosa y fría.

A la mañana siguiente, al mirar la cara de Julio, no vimos en ella el mismo entusiasmo de antes de conocer Pilcaniyeu.

No habíamos ido en busca de un lugar para fundar una ciudad. Estábamos dando los primeros pasos para que en un futuro se concretara aquello.

Julio quería establecer una Iglesia y había sentido tiempo atrás que Pilcaniyeu era el lugar.

Si aquel sentimiento hubiese sido únicamente de Julio, hubiéramos pensado que lo desolado del paraje le había impresionado, desanimándole. Pero ése fue el sentir de los demás que formábamos parte de la expedición.

Y nos fuimos. ¿A dónde ir?. -¡Vamos al mar! –alguien dijo.

Y bordeando los lagos del Parque Los Alerces, fuimos en busca de Esquel, para pernoctar y dirigirnos lo más pronto posible a las costas del Atlántico Sur, donde, de pronto, nos urgía llegar.

Llegamos a Puerto Madryn. Todo cambió al llegar allí. El rostro de Julio se iluminó y a todos nos pareció haber recibido la misma luz.

- ¡Este es lugar! –dijimos.

Y aquel fue el lugar. No el lugar para fundar una ciudad porque ya estaba fundada y es hermosa. Pero sí el sitio donde inaugurar la primera Iglesia que nuestro grupo de hermanos de la Iglesia de Quilmes, poseería en la Patagonia.

Más tarde, Daniel Spina también fue a aquella región. Hoy pastorea una pequeña iglesia en El Bolsón, en la Cordillera de los Andes.

Después le siguió Francisco Dibello que tiene la responsabilidad de cinco Iglesias con centro en Esquel.

No fuimos a fundar una ciudad. Estuvimos dando los primeros pasos; unos pasos que precedieron a los otros, y así hasta que lleguemos a cumplir la orden de Dios.

Yo me pregunté varias veces, ¿por qué estábamos tardando tanto para esa fundación?. Y me di cuenta que la realidad de la demora, era porque aún Dios no había revelado su propósito.

Hubiéramos podido hacerlo igualmente. Abraham no esperó la revelación final para obedecer la orden, poniendo en marcha su fe.

Pero aquí nos dimos cuenta de la distancia que hay de nuestra fe a la fe de nuestro padre Abraham.

El miedo a que nos tildaran de locos hizo que demoráramos tanto.

Pero Dios que es misericordioso, se compadeció de nuestra débil fe, y pronto nos reveló su propósito.

III-EL PROPOSITO

Ya había llegado el mes de noviembre de 1990 y la ciudad no estaba fundada todavía. Ciertamente habíamos dejado un poco en el olvido aquella palabra que Dios nos había hablado.

Había pasado casi veinte años. Pienso que habíamos tenido excesiva prudencia.

En el mes de Noviembre yo me encontraba en España, en la ciudad de Zaragoza, y de repente, me acordé de la palabra que habíamos recibido, sobre fundar la ciudad en la Patagonia, y que, si bien es cierto, dimos los primeros pasos estableciendo Iglesias en la región, no es menos cierto que habíamos perdido de vista aquella orden.

Pero Dios no se había olvidado, pues, ya había desechado lo que, en un principio, me pareció el propósito de Dios: la ciudad de refugio.

Así que al venir a mi memoria otra vez aquel asunto, le pregunté al Señor:

-Pero, ¿cuál es tu propósito?

Con aquella pregunta, se inició un tiempo de búsqueda de Dios, para que El enviara su luz a mis tinieblas.

Y la luz vino.

A los pocos minutos supe el propósito que Dios tenía para darnos esa orden.

Este propósito se divide en cuatro puntos:

1.- La ciudad será para la gloria de Dios. En ella habrá tal luz de su presencia que influirá en las costumbres de quienes la habiten.

2.- No será una dictadura religiosa. Las buenas costumbres se impondrán en la buena voluntad de la gente, por la influencia de la presencia de Dios, pero nunca por imposición. No se aplicará el sistema de Calvino en la Reforma, ni será un lugar como fue la Guayana modernamente. Será una ciudad abierta para toda la gente, creyentes e inconversos, que vivirán bajo la influencia santa de la presencia de Dios.

3.- Será un lugar de preparación de misioneros, que serán enviados a países con dificultades económicas y de culturas desconocidas.

La preparación será intensa y sacrificada para aquellos que quieran de buena voluntad, obedecer el llamado misionero.

4.- La fundación de la ciudad contribuirá al progreso económico de la Patagonia.

No escuché nada más de parte de Dios. Quizás fue porque el entusiasmo, que iba en aumento, ante cada nueva revelación, hizo que se acelerara el ritmo de mi corazón y quise desconectarme.

Más tarde entendí que Dios quería decirme algo más; pero yo le había cortado en mi entusiasta apresuramiento.

Enseguida que vi a mi compañero Daniel García, le compartí lo que había sentido. Y cuando volvimos en aquel mismo mes a Argentina, hablamos a otros hermanos del Presbiterio Mayor, sobre aquel encuentro que yo había tenido con el Señor y que ponía en el tapete, otra vez, la orden de fundar una ciudad en la Patagonia.

La ciudad de refugio quedó atrás. No recibí ninguna otra revelación al respecto.

¿Servirá de refugio en un futuro? Mis hermanos y yo nos quedamos tranquilos y contentos con esos cuatro puntos de lo que entendimos era el propósito de Dios.

Ahora sólo faltaba encontrar el lugar donde establecer la ciudad.

IV-EL LUGAR

La palabra recibida alrededor de veinte años atrás, había cobrado vigencia y estaba ya entre las prioridades de la obra que el Señor nos había encomendado a los comprometidos con Cristo en la Iglesia de Quilmes.

Cuando este escrito salga de la imprenta, estaremos inmersos en ese trabajo, que habíamos relegado durante años, aún cuando nuestra presencia en la Patagonia ya era un hecho, y aún más, un hecho real y concreto.

Julio Peresenda, el pastor que hoy está al frente de la obra en Puerto Madryn, antes de conocer a Cristo como su Salvador y Señor, había pertenecido al cuerpo de Gendarmería Nacional, fuerza armada que se especializa en la guardia de las fronteras en todo el país.

En aquel tiempo, unos veinticinco años atrás, hubo un litigio con Chile, y las fuerzas de Gendarmería Nacional tuvieron que combatir en la frontera del extremo sur, en plena cordillera de los Andes. A Julio Peresenda le tocó combatir en aquel lugar que se llama Laguna del Desierto.

A raíz de aquel conflicto, el gobierno argentino vio la necesidad de poblar los lugares fronterizos, y cerca de Laguna del Desierto, 40 kms antes de llegar a éste, trazó las calles de un pequeño pueblo, proporcionándolo a quien se atreviese a habitarlo. Ese pueblo tiene por nombre “El Chaltén”, que en lenguaje mapuche significa “montaña que echa humo”. Esta montaña que echa humo no es ningún volcán, sino el Fitz Roy que esparce con viento el polvo de sus nieves perpetuas, y se mantiene en los días ventosos, que son la mayoría, una densa nube de nieve en sus picos más altos.

Pasando los años, desde que Dios nos dió la palabra de fundar la ciudad y nos quedó confirmado que era la Patagonia, Julio Peresenda, cuando muy de vez en cuando hablábamos de ello, nos sugería que el lugar donde fundar la ciudad sería aquel pueblo proyectado en la provincia de Santa Cruz, que allí es donde está “El Chanten”.

Otros hermanos nos hablaron de aquel lugar. Y nos dijeron que el pueblo estaba trazado pero que nadie había ido a habitarlo.

Cuando volvió a pasar a primer plano este tema, volvimos a poner los ojos de nuestra imaginación sobre aquel lugar.

Y decidimos ir hacia allá.

Los días previos a nuestra partida fuimos probados, pues encontramos gente que en apariencia había estado en aquella zona y nos decían que era una locura intentar ir.

-¡En invierno hay 30° bajo cero!

-¡El camino para llegar es intransitable!

Y nos fuimos. En un pequeño automóvil, bajo de chasis. Cinco hombres corpulentos nos dispusimos a hacer, en cinco días, un viaje de 6.200 kms.

La expedición estaba formada por Daniel García, Carlos Juailer, Stan Warren, Francisco Dibello y un servidor.

Partimos el lunes 4 de marzo de 1991 a las 9 de la noche y pasamos la noche viajando, para llegar a Puerto Madryn alrededor del mediodía del martes. Allí comimos algo y descansamos un par de horas.

Volvimos a emprender el viaje hasta Río Gallegos, que dista 1.400 kms. de Puerto Madryn, habiendo ya recorrido, como se relata la distancia de Quilmes hasta Puerto Madryn, que son también 1.400 kms.

Río Gallegos es la capital de la provincia de Santa Cruz, lugar en el que se encuentra lo que era nuestro objetivo: “El Chaltén”.

Allí quedamos hasta la tarde, pues a las 17 hs. nos esperaba el ministro de gobierno.

Nos recibió muy amablemente, y mucho más cuando supo el motivo de nuestra visita, que era la de poblar aquella provincia que tiene una densidad de ½ habitante por km. Cuadrado.

Nos dio toda clase de explicaciones sobre mapas de la región, y nos mostró otras localidades además de “El Chaltén”, donde también hace falta población.

Lo que nos desanimó un poco fue cuando nos dijo que “El Chaltén” ya estaba habitado por unas cuarenta personas.

Nosotros queríamos un lugar para fundar desde el número cero. Pero ni aún así desistimos de ir hacia allá.

Hasta ese momento, desde Quilmes, habíamos llegado a Río Gallegos por la costa Atlántica, recorriendo cerca de 3.000 kms.. Ahora debíamos volver atrás en diagonal, pero hacia el oeste, hacia la cordillera.

Calafate es un pueblo turístico muy hermoso y se llega muy bien desde Río Gallegos por una ruta bien asfaltada. Son unos 200 kms.

Pero desde allí hasta “El Chaltén”, bordeando el lago Viedma hay unos 200 kms. de una ruta de piedra y grava, que en Argentina se llama ripio. Hay tramos en muy mal estado y como al volver lo hicimos por otro camino, para ahorrarnos kilómetros, tuvimos que andar 400 kms. de mala ruta y destrozamos el caño de escape. Pero este fue todo el contratiempo que tuvimos y pudimos subsanarlo con un poco de alambre.

Pero ahora volvamos al orden de nuestro itinerario.

Antes de llegar a El Chaltén pudimos apreciar uno de los tres glaciares que hay en el Parque Nacional “Los Glaciares”, dentro del Lago Viedma, y es un espectáculo maravilloso.

El Chaltén nos recibió con mucho viento.

En el lugar las calles tienen, cada una, carteles que las demonizan. Se han levantado un total de diez casas, incluido el destacamento policial, la escuela, un almacén, una rústica confitería y una pequeña hostería junto a un puesto sanitario.

Hablamos con el agente de policía, el único que estaba presente en el destacamento, un muchacho salteño de unos veinticinco años.

Conversamos también con dos jóvenes matrimonios que venían de Buenos Aires y llevaban cuatro meses en el lugar. Acababan de construir su casita, de madera, como todas las demás, pero aún tenían que reforzarla por el fuerte viento que sopla allí de una manera constante.

Después nos fuimos a orar.

Buscamos un árbol, lo suficientemente grande como para protegernos del viento, que además era frío. ¡Naturalmente!, pues viene de los glaciares y del Fitz Roy donde nieva todo el

año. Sin embargo, según los comentarios del agente de policía, en invierno la temperatura no baja de los cinco grados centígrados bajo cero, y es por esto que el clima se torna más benévolo, pues además es precisamente en invierno que deja de soplar el viento.

Estábamos pues orando debajo de un árbol, frente a un paisaje verde, en contraste con los 3.000 kms que habíamos hecho. Un paisaje tan verde como en Calafate y con profusión de árboles. La calefacción es a leña que se consigue en los bosques de la zona.

El viento no nos dejaba orar. Abríamos la boca y el viento nos ahogaba.

Salimos de debajo del árbol, total no nos protegía mucho, y fuimos a orar en medio de la plaza principal, donde hay una tosca cruz que señala el lugar donde las autoridades del pueblo piensan poner la Iglesia algún día. Oramos al pie de aquella cruz, y tomamos el lugar por la fe.

Después fuimos al almacén, donde encontramos a la presidente de la Asociación de Vecinos, que es la almacenera. Le contamos el proyecto y se puso muy contenta. Nos pidió que cuando vayamos a vivir allí, llevemos un médico.

Este es el lugar ideal para ser explotado turísticamente.

Pero nosotros queríamos un lugar deshabitado.

¡Y Dios nos habló!

Tuvimos pues que agregar un punto a los cuatro que expuse en el capítulo anterior.

Punto número cinco: ¡Evangelismo!

El orden de los cinco puntos, exceptuando el primero que se refiere a la gloria y a la presencia de Dios, no expresa prioridades cronológicas; sólo están ordenadas de acuerdo a lo que Dios estuvo hablando.

Cuando allí, en medio del frío vendaval y las oraciones, Dios volvió a hablar, entendí que en mi apresuramiento de aquella vez en Zaragoza, había interrumpido el fluir de Dios a mi espíritu, quedándome sin la revelación que ahora había llegado.

No nos asombró que en un lugar desértico, casi inhabitado, Dios quisiera que sembráramos la semilla del Evangelio. Aquellas cuarenta almas que pueblas El Chaltén, viven sin la salvación que Cristo les ganó en el Calvario. Son pocas. También era sólo uno el eunuco que viajaba en una carroza en el desierto. Y Dios le mandó a Felipe, quien dejó el éxito evangelístico que tenía en Samaria para ir a buscar a uno que quién sabe si no fue el precursor del cristianismo en Etiopía (Hch. 8:26-40).

Tampoco nos asombró, debido a eso, que Dios nos dijera que aquellas familias creyentes que irían a predicar en El Chaltén, serían, junto con otros, los que fundarían Laguna del Desierto.

Ese lugar todavía no está habitado. Para llegar allí, hay que viajar nueve horas a caballo, no hay camino construido, pero el gobierno tiene el propósito de construirlo y ofrecérselo para ser habitado.

Predicar el evangelio entre cuarenta personas que no lo conocen, no parece lógico, pero ir a un lugar donde todos vamos a ser creyentes, parece fuera de toda coherencia.

Dios nos dijo que también tiene un “etíope” por aquellos lados y que es mejor que no hagamos vanas preguntas, y estemos dispuestos a obedecer aquello que ya nos ha dicho.

Emprendimos el regreso al anoecer.

El caño de escape se cayó en un pueblito de unos doscientos habitantes, que se llama Tres Lagos. Carlos Juaiier bajó del auto y se fue a una casa que tenía la luz encendida para ver si conseguía un poco de alambre para arreglar el tubo. Se lo dieron. Una mujer lo atendió. Era creyente. Pidió que por favor pusieramos una Iglesia en aquel lugar, pues no había ninguna. Ella era el único testimonio en el pueblo.

El “etíope” se estaba acercando.

Seguimos el viaje de regreso. Hicimos escala en Puerto Madryn y en Bahía Blanca. Por el camino, el Señor volvió a hablar de las condiciones que habían de tener aquellos que El llama para ser testigos de su gloria y su presencia en aquellas latitudes.

V-LAS CONDICIONES

Compartí lo que entendí que Dios me había hablado la noche anterior, con mis compañeros de viaje. Se lo compartí, cuando ya hacíamos en el automóvil el último tramo de nuestro regreso. Es decir, desde Bahía Blanca a Quilmes.

Y lo que el Señor había hablado, era referente a quienes se enrolarían en aquel proyecto de fundar una ciudad en Laguna del Desierto, previo paso por El Chaltén.

El Señor no estaba enojado con nuestra aparente exagerada prudencia, que nos hizo esperar veinte años hasta llegar a estos momentos. Más bien, sentíamos todos, su aprobación a tanta cautela. Por ello entendimos que tampoco debíamos apresurarnos en reclutar familias para concretar el proyecto.

Y en cuanto a esto, me decidí a compartir lo que, como dije había recibido la noche anterior de parte de Dios.

Había nueve condiciones que Dios exigía para aquellos que sintieran el llamado de identificarse con propuesta de Dios.

Y estas nueve condiciones las compartí dentro del auto con mis cuatro compañeros.

1) Cada una de las personas llamadas a intervenir en el proyecto habitando la ciudad, o previamente El Chaltén, deberá haber sido bautizada con el Espíritu Santo (Hch. 1:15).

2) Deberá vivir en el Espíritu (Gál. 5:25), es decir, tener conciencia de que es diferente, necesariamente, de lo que se fue antes de entregarse a Cristo. Vivir en completa novedad de vida. “Las viejas cosas pasaron; he aquí, todas son hechas nuevas” (2Co. 5:17).

3) Caminar en el Espíritu (Gál. 5:25). Esta condición es parecida a la anterior, pero por encima de todo, refuerza a la condición anterior. Equivale a decir que todos los problemas que aparezcan, que serán variados y muy diferentes a los que se está

acostumbrado a resolver, tendrán que ser resueltos de una forma espiritual, aplicando la lógica de la mente de Cristo (1Co. 2:16), y no nuestra propia lógica y justicia natural.

4) Al vivir esa vida, en las condiciones de 2da y 3ra., se presentará el orgullo espiritual, que hace sentir al creyente en mejores condiciones que el resto de la gente. Deberán vivir sin vanidad de su propia manera de conducirse en el Espíritu.

5) Ser sencillo y humilde (Fil. 2:15), que equivale a no ser envidioso, ni pensar maliciosamente de los demás.

6) Tener una vida sacrificada. Es decir: estar dispuesto a todo (2Tim. 2:21). Como un buen siervo inútil, hacer todo lo que está ordenado (Lc. 17:10).

7) No quejarse (Sgo. 5:9). Que es lo mismo que hacer todo sin murmuraciones (Fil. 2:14), para poder vivir en un ambiente de paz.

8) Tener alegría en el corazón y en el rostro (Pr. 15:13), para que los inconversos sean atraídos a una vida feliz.

9) Amar el lugar donde se vive. Si ese lugar ha de ser de preparación misionera, uno de los principios de la obra misionera es precisamente esto: amar el lugar donde Dios nos ha puesto. Somos peregrinos en este mundo. Seguramente habrá otros “El Chaltén” y otros Laguna del Desierto en nuestro ministerio; y en cada uno de estos lugares diferentes, donde Dios nos envía, debemos volcar nuestro amor como Dios lo volcó cuando de tal manera amó al mundo que envió a su hijo unigénito (Jn. 3:16).

Llegamos otra vez a Quilmes. Carlos Jailler se fue a San Nicolás, donde vivirá hasta dentro de muy poco tiempo. Cuando esto salga de la imprenta, ya estará viviendo en Quilmes. Stan Warren se fue a Inglaterra, Francisco Dibello volvió al sur, a Esquel; Daniel García quedó en Quilmes, también por poco tiempo, cuando este escrito salga a la luz, estará viviendo en España. Y yo me fui a Buenos Aires.

Había terminado una etapa más del cumplimiento de la palabra que recibimos allí, en Campo Crespo, cuando aprendíamos a vivir juntos, seguramente para prepararnos para una cosa mayor: FUNDAR UNA CIUDAD.

Índice

PROLOGO	2
INTRODUCCION	4
FE	4
OBEDIENCIA	5
TEMOR DE DIOS	6
CAPITULO I: LO QUE DIOS DIJO	8
CAPITULO II: LO QUE DIOS NO DIJO	11
CAPITULO III: INICIACION A LA ALABANZA.....	13
CAPITULO IV: ID POR TODO EL MUNDO	17
CAPITULO V: LA TIERRA SOÑADA POR MI.....	20
CAPITULO VI: OPERACIÓN CAMPANA	23
CAPITULO VII: LA GLORIA POSTRERA	27
CAPITULO VIII: EL PRECIO DE LA GLORIA	31
CAPITULO IX: LA OBRA MISIONERA.....	35
CAPITULO X: EL CULTO ESPIRITUAL	39
CAPITULO XI: LA SOBERANA INTERVENCION DE DIOS	43
CAPITULO XII: EL FRASCO DE PERFUME	47
CAPITULO XIII: NIÑOS Y ANCIANOS.....	51
CAPITULO XIV: LA TIERRA DEL SOL Y DEL BUEN VINO	55
CAPITULO XV: DE HOLANDA A ARGENTINA PASANDO POR CHILE	60
CAPITULO XVI: LAS PIEDRAS LISAS	64
APENDICE: FUNDAR UNA CIUDAD.....	68
I-LA PALABRA PROFETICA.....	68
II-LOS PRIMEROS PASOS.....	69
III-EL PROPOSITO	71
IV-EL LUGAR.....	72
V-LAS CONDICIONES.....	76

LAS CITAS BIBLICAS SON DE REINA VALERA REVISION 1977

OBRAS DEL MISMO AUTOR:

CONGREGADOS PARA DARLE GLORIA

CUANDO EL CIELO HABLA

EL SERMON DEL MONTE

SIEMBRA DE RIMAS

TIEMPO DE CANCION

**Jorge Pradas:**

Pastor, predicador, poeta y escritor preclaro, fue el fundador del grupo de congregaciones pertenecientes a la Iglesia “Ríos de Vida”. Nació en España y se radicó en Argentina desde 1954 liderando la fundación de numerosas Iglesias en América y Europa.

Fallecido recientemente, fue característico por su profundidad teológica y su claridad expositiva, y se ha constituido en un verdadero e indiscutido punto de referencia para la cristiandad evangélica actual.

La alabanza debida y dedicada al Señor en todos los ámbitos de la vida cristiana, pero también y por sobre todo, en el momento específico del culto al Señor, cuando la Iglesia se reúne para ese fin, es el eje dominante de una visión y un ministerio que cuenta hoy día con veinticinco años de experiencia y expansión.

Más allá del relato histórico que tiene como protagonista a la Iglesia Cristiana Evangélica de Quilmes, relato que por sí mismo justificaría la presente edición, por su rico anecdotario, su amena prosa y sus ejemplificadas experiencias, *Fe, obediencia y temor de Dios*, nos acerca con nitidez doctrinal y sana enseñanza bíblica, a temas tan cruciales, pero por cierto, interrogantes extensamente controvertidos, tales como: ¿Cuál es el objetivo de la vida del creyente?, ¿Cuál es el fin último de la evangelización?, ¿Es el éxito numérico el que debe perseguirse en este tema?, ¿Es la alabanza sólo un accesorio dominical para un cristiano?, ¿Deben encararse la obra misionera, necesariamente, con los mismos parámetros de las empresas humanas, o Dios ofrece un camino más levantado y espiritual...?

Fe, obediencia y temor de Dios, un libro que aborda, desde la sencillez y la claridad, pero con la hondura teológica precisa, los temas que interesan a todo cristiano comprometido.

Fe, obediencia y temor de Dios: un libro sin desperdicio.

IGLESIA RÍOS DE VIDA – QUILMES – BUENOS AIRES- ARGENTINA

Primera Edición 1992 - Editorial Quilmes

Edición digital 2008

<http://www.casabiblica.ga>